



PONTIFICIA  
**UNIVERSIDAD  
CATÓLICA**  
DEL PERÚ

ESCUELA DE POSGRADO

Xuéxi

Formación y aprendizaje en

*Los eunucos inmortales y Babel, el paraíso*  
de Oswaldo Reynoso y Miguel Gutiérrez

Tesis para optar el título de Magister en Literatura Hispanoamericana

CHRISTIAN LUIS REYNOSO TORRES

Asesora:

Dra. GIOVANNA POLLAROLO GIGLIO

Jurados:

Dra. VICTORIA GUERRERO PEIRANO

Dr. ENRIQUE BRUCE MARTICORENA

Lima, 2016

## Índice

Dedicatoria .....	3
Introducción .....	4
Capítulo I	
Alcances teóricos sobre la novela de formación	
1. <i>Bildungsroman</i> o novela de formación .....	8
2. El <i>bildungsroman</i> en el Perú .....	13
Capítulo II	
Acercamiento a <i>Los eunucos inmortales</i> y <i>Babel, el paraíso</i>	
1. <i>Los eunucos inmortales</i> .....	16
2. <i>Babel, el paraíso</i> .....	20
3. ¿Novelas de aprendizaje? .....	23
Capítulo III	
Rasgos de la novela de formación en <i>Los eunucos inmortales</i> y <i>Babel, el paraíso</i>	
1. Conflicto y destierro .....	28
2. Búsqueda de la felicidad y sabiduría .....	32
3. Viajes y travesías .....	38
4. Memoria y evocación: los aprendizajes de la niñez .....	48
5. Creación y aprendizaje .....	61
6. Utopías necesarias.....	65
Conclusiones .....	70
Bibliografía .....	72

A Oswaldo

«Al lado de la mesa donde estamos sentados Oswaldo y yo hay un ventanal por donde entra un aire frío que nos libera un poco de la sofocación que nos produce el vino. Ya hemos tomado la primera copa y ahora el mozo nos trae los platos de la cena: tallarines y canelones con salsa picante y queso rallado. Comemos y conversamos en especial de su novela *Los eunucos inmortales*, de la que estoy haciendo un ensayo preliminar que será parte de mi tesis de maestría».

Fragmento de “El bosque de los bambúes”.

*Martín*. Nro. 29. Lima, agosto 2016.

## Introducción

Llama la atención que tanto Oswaldo Reynoso (Arequipa, 1931 – Lima, 2016), como Miguel Gutiérrez (Piura, 1940 – Lima, 2016), escritores integrantes del Grupo Narración<sup>1</sup>, luego de su permanencia en China —la posterior a la muerte de Mao Tse Tung—, publicaran cada uno una novela cuya trama se desarrolla en ese país.

Gutiérrez publicó *Babel, el paraíso* en 1993; y Reynoso, *Los eunucos inmortales* en 1995. El primero estuvo cuatro años en China (de 1976 a 1979) y el segundo doce (de 1977 a 1989). Ambos viajaron para trabajar en Beijing como correctores de estilo de una agencia gubernamental y para conocer *in situ* la experiencia socialista china.

---

<sup>1</sup> El Grupo Narración se formó en la década de 1960. Fue “un grupo plural, formado por escritores que compartían una posición en común de oposición al gobierno de Velasco Alvarado, pero que no era ideológicamente homogéneo” (Manrique 1994: 93). Entre sus miembros más importantes tenemos a Oswaldo Reynoso (su fundador), Antonio Gálvez Ronceros, Miguel Gutiérrez, Luis Urteaga Cabrera, Vilma Aguilar, Hildebrando Pérez Huaranca, Gregorio Martínez, Roberto Reyes Tarazona, Augusto Higa, Juan Morillo, entre otros. El proyecto del Grupo Narración estaba enfocado en su compromiso con los sectores populares y en “la creación de una narrativa popular que estuviera presente en la tradición literaria peruana” (Rondinel 2006: 37). Su quehacer giró alrededor de la revista *Narración* de la cual se editaron tres números —en 1966, 1971 y 1974— que estuvieron estructurados en función de tres grandes temas: “crítica marxista, la vigencia de realismo literario, [y] la polémica sobre el compromiso social del escritor, a fin de dejar sentada la posición política y las coordenadas desde las que Narración planteaba y juzgaba los sucesos del agitado proceso social y político que se vivía en el país y en el resto del mundo” (ibíd.). Una vez disuelto el grupo, hacia 1976, algunos de sus integrantes mantuvieron el proyecto a través del sello Ediciones Narración, mientras que otros optaron por la creación individual. Reynoso y Gutiérrez, además de ello viajaron a China. Hoy el Grupo Narración y su influencia en el desarrollo de la literatura peruana es incuestionable y referencia importante dentro de los estudios de la narrativa contemporánea. Tenorio (2006) ha compilado una serie de estudios en torno a este grupo, mientras que González Vigil (2008) nos acerca de forma panorámica a la obra de sus integrantes.

Desde su publicación y con el transcurrir de los años —y hasta hoy— ambas novelas no gozaron de la atención de la crítica ni tuvieron una permanente lectoría como sí sucedió con el resto de la obra literaria de cada uno de estos escritores. En todo caso, fueron las menos leídas y estudiadas.

Además de este destino en común, guardan una estrecha relación no solo por haber sido publicadas en la década del noventa y en similares circunstancias sino, sobre todo, porque sus personajes principales —el lingüista e investigador, innominado, en *Babel, el paraíso*, y el escritor y profesor O en *Los eunucos inmortales*— desarrollan temas como el destierro, la búsqueda, el viaje, la evocación, la creación y el ideal utópico.

Mientras Gutiérrez desarrolla las relaciones que se dan al interior del variado grupo de extranjeros —desde latinoamericanos, hasta americanos, europeos y asiáticos—, que viven y trabajan para el gobierno chino, Reynoso presta atención a los hechos políticos y sociales que desencadenaron la masacre de Tian'anmen ocurrida en 1989 en Beijing. Por ello, ambas novelas pueden ser leídas desde la perspectiva de la novela social y política. Asimismo, en ambas se expresa el punto de vista ideológico-político de sus autores y su desencanto del socialismo chino que conocieron *in situ* tras la muerte de Mao Tse Tung, en 1976.

Por otro lado, si prestamos atención a las peripecias y al mundo subjetivo de sus protagonistas, también podremos leerlas desde la perspectiva de la novela de formación o aprendizaje; o, al menos, como una variante singular y novedosa de este género. En ese sentido, nuestra hipótesis de trabajo es que *Los eunucos inmortales* y *Babel, el paraíso* pueden ser leídas como novelas de aprendizaje o *bildungsroman* por cuanto presentan un conjunto de características propias de este género —como veremos en los distintos apartados del Capítulo III de este trabajo—, pese a que no cumplen con una de las condiciones determinantes de la novela de formación: que el personaje sea un niño o adolescente, como lo recuerda María Inés Lagos: el *bildungsroman* es la narración “cuyo tema es la representación literaria de las experiencias de la niñez y la adolescencia en un



proceso de aprendizaje y maduración que tiene como finalidad la integración del individuo a su contexto social” (1996: 30).

Pero, si bien es cierto que los protagonistas de nuestras novelas de estudio son hombres maduros, entre los cincuenta y sesenta años, creemos que igualmente atraviesan por un proceso de aprendizaje: ambos viven una serie de conflictos —que provienen de su niñez y adolescencia— que repercuten en su vida actual y los condena a un ostracismo con su contexto social. De esa manera, se ven obligados a enfrentar obstáculos, peripecias, viajes, travesías, búsquedas, evocaciones, anhelos, entre otras circunstancias, que forman parte de un proceso de aprendizaje que los llevará a alcanzar un nivel de perfección que los reencuentra con su medio. Así, ambas novelas pueden circunscribirse a la definición que apunta Karl Morgenstern, de que la novela de formación “representa la formación del héroe desde sus comienzos hasta un determinado grado de perfección”, en Salmerón (2002: 46). Desde esa perspectiva, las novelas de nuestro estudio pueden ser consideradas como novelas de aprendizaje. Y si es así, entonces, es posible proponer una nueva categoría dentro del género, la cual refiere a aquella novela cuyo protagonista pese a que ha dejado de ser joven, debe enfrentarse a una serie de conflictos y obstáculos como parte de su permanente proceso de formación.

De allí que, con el fin de estudiar y analizar la hipótesis planteada, hemos dividido el presente trabajo en tres capítulos. En el Capítulo I desarrollamos los alcances teóricos sobre el origen y los rasgos de la novela de formación o *bildungsroman* a partir de los estudios de Mijail Bajtín y Miguel Salmerón, entre otros; asimismo, incluimos un acápite sobre el desarrollo y la influencia que ha tenido la novela de aprendizaje en la narrativa peruana. En el Capítulo II nos acercamos a las novelas de nuestro estudio: su ubicación dentro de la obra narrativa de sus autores, el argumento y las características más saltantes en torno a su estructura, lenguaje y personajes, además de algunas opiniones de la crítica. Ello nos permitirá detenernos en el papel de los personajes narradores que operan como el alter ego de los autores, además de los paralelos entre ficción y realidad, para respondernos si estamos ante novelas de formación, lo cual desarrollamos de manera amplia en el Capítulo III, a partir de la identificación de seis ejes que marcan y definen la novela de formación o

aprendizaje. También debemos mencionar con pesar que, durante el tiempo que se escribía esta tesis se produjo la partida física de ambos autores. Por ello solo pudimos conversar y efectuar una entrevista personal con uno de ellos: Oswaldo Reynoso.

Mencionar, finalmente, que la palabra china “Xuéxí” que da título a nuestra tesis, alude a aprender, conocer, estudiar. De esa forma quiere expresar un tributo a los autores de las novelas estudiadas de quienes creemos hay mucho que aprender; al mismo tiempo, resume el proceso de aprendizaje que ha significado la elaboración de este trabajo para su autor.



## Capítulo I

### Alcances teóricos sobre la novela de formación

#### 1. *Bildungsroman* o novela de formación

La novela de formación —llamada también novela de educación, de aprendizaje, de peripecias—, tiene sus antecedentes en tres géneros novelescos: la novela del vagabundo, la novela de pruebas y la novela biográfica. Así lo indica Mijail Bajtín en *Estética de la creación verbal* (1999), libro donde propone esta tipología a partir de la estructuración de la imagen del héroe.

En la novela del vagabundo, el protagonista carece de características importantes y es apenas un punto que se mueve en el espacio, lo que permite al autor exponer y evidenciar la heterogeneidad espacial y social; es decir, las ciudades, culturas, naciones, los diferentes grupos sociales y las condiciones específicas por donde transita el personaje (Bajtín 1999: 200). De esta manera, en contraposición a la novela de formación, la del vagabundo “no conoce la transformación y el desarrollo del hombre” (p. 201), pero sí su desplazamiento. Esta característica será luego un rasgo esencial de la novela de formación.

La novela de pruebas, siguiendo a Bajtín, surge en la antigüedad clásica y se ramifica en las siguientes variedades: 1) la novela bizantina, aquella que se “constituye sobre una puesta a prueba de la fidelidad y constancia de unos protagonistas idealizados” (p. 202), haciendo que se excluya todo tipo de transformación o desarrollo del héroe. 2) los géneros hagiográficos, en relación con la vida de los mártires, donde “se combinan esencialmente tanto el contenido ideológico de la imagen del hombre como el de la idea misma de la prueba” (p. 203). 3) los libros de caballerías de la época medieval, donde su heterogeneidad está determinada “por los matices del contenido ideológico de la idea de la puesta a prueba”



(p. 203), es decir la predominancia del amor cortés y los motivos eclesiásticos cristianos. Finalmente, 4) la más importante y de mayor trascendencia dentro de la novela de pruebas, la novela barroca que “descubre mejor que cualquier otra las posibilidades organizativas de la idea de prueba y, al mismo tiempo, la limitación y la estrechez de su alcance realista” (p. 204), ya que “no tolera ningún término medio, nada normal, típico, habitual [...] todo alcanza la escala de lo grandioso” (ibíd.).

A partir de estas cuatro variantes se puede decir que en la novela de pruebas, los protagonistas afrontan una serie de pruebas de “fidelidad, valor, valentía, virtud, nobleza, santidad, etcétera” (p. 201); y que, a diferencia de la novela del vagabundeo, nos ofrece “una imagen desarrollada y compleja del hombre” (p. 202). Es decir, la novela de pruebas se inicia allí donde “hay una desviación del curso social y biográfico normal de una vida y termina cuando la vida vuelve al carril de la normalidad” (p. 205), aunque ello anule toda clase de “interacción entre el sujeto y el objeto, entre el hombre y el mundo” (p. 206).

Así, la novela de pruebas se convirtió en el género novelístico más difundido en la literatura europea, pero fue perdiendo auge en los siglos XVIII y XIX. No obstante, su influencia se mantuvo y supuso una forma “más complicada, al asumir todo lo incluido por la novela biográfica y la de educación”, anota Bajtín (p. 206).

La novela biográfica aparece asimismo en la antigüedad clásica en forma de biografías, autobiografías y géneros confesionales del primer cristianismo; sin embargo, no se trataba sino de preparar apenas el terreno (Bajtín 1999: 207). En la novela biográfica el argumento gira en los “momentos principales y típicos de cualquier vida: nacimiento, infancia, años de estudio, matrimonio, organización de la vida, trabajos y logros, muerte, etc., o sea que se concentra precisamente en aquellos momentos que se sitúan antes del comienzo o después del final de lo que abarca una novela de pruebas” (pp. 207-208).

Pero a pesar de que se representa la vida del héroe, este “carece de una formación, de un desarrollo verdadero; cambia, se transforma y se construye la vida del héroe, su destino, pero él mismo permanece invariablemente en su esencia” (p. 208). Asimismo, las

relaciones del héroe con el mundo se organizan no como hechos casuales sino con un carácter específico. “Los personajes secundarios, los países, las ciudades, las casas, etc., entran en la novela biográfica por vías significativas y adquieren una relación importante con la totalidad vital del protagonista” (p. 209). Mientras que, a diferencia del héroe de la novela de pruebas, donde estamos ante una heroización consecuente y abstracta, en la novela biográfica el protagonista se caracteriza tanto por sus rasgos positivos como por los negativos y no se le pone a prueba, sino que busca resultados reales (ibíd.).

Es con el desarrollo de estos géneros —novela del vagabundeo, novela de pruebas y novela biográfica— que se constituye la imagen del héroe novelesco antes de la segunda mitad del siglo XVIII y, al mismo tiempo, se prepara el camino de las nuevas formas de novela que surgirán en el siglo XIX. En este contexto surge en Alemania, en la segunda mitad del siglo XVIII, la llamada novela de educación o formación o *bildungsroman* que tendrá especial importancia en el desarrollo de la novela del realismo hasta hoy en día (Bajtín 1999: 209-210).

Bajtín propone un conjunto de rasgos que permiten acercarse al carácter de la representación del héroe en la novela de educación o formación, de los cuales destacaremos tres como marco para nuestro estudio. En principio, sostiene Bajtín que “la transformación del propio héroe adquiere una importancia para el argumento, y en esta relación se reevalúa y se reconstruye todo el argumento de la novela” (p. 212). Esta transformación desde luego puede representarse de manera variada, como aquella que señala el “camino del desarrollo humano desde un idealismo juvenil e iluso hacia la madurez sobria y práctica. [...] camino [que] puede complicarse en el final por diferentes grados de escepticismo y resignación” (p. 213), lo cual constituye un segundo rasgo y está relacionado, además, con la idea de la utopía, en tanto que el aprendizaje final puede ser leído como una búsqueda de lo inalcanzable, o un ideal imposible, lo que nos lleva a un final fragmentado; es decir, no resuelto, oscuro. Finalmente, el tercer rasgo está enfocado en que “el héroe se ve obligado a ser un nuevo tipo de hombre, antes inexistente” (p. 215). El protagonista se ve forzado a transformarse junto con los cambios que se dan en el mundo, ya que no puede mantenerse fuera de la esfera de los problemas de la realidad en que se desenvuelve. Esto supone

también una estrecha relación entre la novela de formación y la novela realista o novela de desarrollo en términos bajtinianos. De esta manera, el proceso de aprendizaje influye en la construcción de un nuevo hombre: el protagonista de la novela ya no será el mismo después de haber transitado por dicho proceso. Algo cambia en él y ello no puede estar descontextualizado del desarrollo que se opera en el mundo en el cual vive. No es que deja de ser él, pero es un nuevo hombre, preparado para enfrentarse al mundo.

Por otro lado, en *La novela de formación y peripecia* (2002), Miguel Salmerón hace un análisis y una descripción histórica de la novela de formación y su relación con la filosofía alemana en torno al significado y uso de la palabra *Bildung* —que designa tanto la formación corporal como la espiritual (p. 15)— y sus implicancias educativas. No es nuestra intención detenernos en esta discusión, sino en la definición que propone así como en la identificación del conjunto de rasgos que le asigna a este género de novela “centrado en el desarrollo del individuo” (p. 9), a partir del análisis que hace de diversos autores como Blanckenburg, Morgenstern, Hegel, Rosenkranz, Dilthey, Lukács, Lugowski, Borchardt, Jacobs, Selbmann, Ratz, entre otros, de los cuales extraemos algunas ideas a lo largo de este estudio.

“Como se ha comprobado”, dice Salmerón, “la *novela de formación* pasa a ser considerado el género narrativo alemán por antonomasia” (2002: 54). [Cursivas del autor]. *Los años de aprendizaje de Wilhelm Meister* (1796), de Goethe es reconocida como el modelo por excelencia del género, a la que se suma la anterior *La historia de Agathon* (1767), de Wieland, novelas que no fueron escritas con plena consciencia del concepto de novela de formación, a diferencia de *La montaña mágica* (1924), de Mann, considerada como la primera novela de formación consciente de serlo, indica Salmerón (2002: 44).

Como se ve, la investigación sobre el género de la novela de formación se ha caracterizado sobre todo por una revisión histórica que ha permitido elaborar algunas conclusiones sobre sus rasgos esenciales. Entre ellos nos interesa destacar los siguientes que Salmerón trae a colación a partir de Selbmann, Lukács y Jacobs, respectivamente: Primero, estamos “ante una novela de formación cuando la historia de formación que esta contiene entra en ella con

el propósito de ser instancia unificadora e hilo conductor de toda la novela” (p. 51). Segundo: “el héroe novelesco se caracteriza por el ‘extrañamiento del mundo’ y el tema de la novela es ‘la vida problemática del individuo’ o más exactamente ‘la historia del alma que de allí parte para conocerse, que busca la aventura para ser probado por ella’” (p. 51). Tercero: “la quiebra entre el alma llena de ideales y la realidad que se le opone, que se convierte para el héroe en problema existencial, debe ser al final superada” (p. 57). Así es como “una historia de desilusión se convierte en una historia de formación”, concluye Salmerón (p. 57).

Para concluir con este apartado, Salmerón añade un detalle interesante que está relacionado con lo que llama el principio poético de la obra. Dice: “En la *novela de formación* la historia de formación del protagonista no solo es tema, sino también principio poético de la obra” (2002: 59). [Cursivas del autor]. Es decir, muchas novelas muestran el desarrollo vital del individuo como punto focal, pero en las de formación, ese desarrollo es la razón de ser de la obra y no una consecuencia casual del tiempo de la narración. Finalmente, al igual de Bajtín, Salmerón apunta que el final de la novela de formación solo puede ser “utópico o fragmentario [ya que:] La formación integral del individuo se revela [como] un ideal imposible” (Salmerón 2002: 59). Añade que el ser humano está incapacitado para controlar el azar, pero al mismo tiempo desea dominarlo, ambivalencia que produce desazón. Esta “desazón puede ser ignorada mediante la utopía o puede ser asumida dando lugar a un final fragmentado y oscuro”, (ibíd.).

Todos estos alcances en torno a la novela de formación o *Bildungsroman*, nos indican que estamos ante un género que tiene un conjunto de rasgos definidos y, aunque se presenten variaciones, ya sea por las necesidades de los protagonistas o de la trama de la historia, no dejan de ser característicos para su identificación como novela de formación. Más bien, en cuanto a cómo narrar una historia de formación o aprendizaje, es donde no hay un modelo único. Por lo general se utiliza el recurso del narrador personaje en primera persona, pero como bien señala Peter Elmore: “Ciertamente, no hay un solo modo de narrar un relato de formación: el *Bildungsroman* es, como la novela misma, un género que no está sujeto a reglas estrictas” (2010: 7-8).



## 2. El *bildungsroman* en el Perú

En el Perú hay una tradición de novelas que se ubican dentro del género de la novela de formación o aprendizaje, entre las que podemos mencionar, de acuerdo a un orden cronológico de aparición: *Los ríos profundos* (1958) de José María Arguedas, *Crónica de San Gabriel* (1960) de Julio Ramón Ribeyro, *La ciudad y los perros* (1963) de Mario Vargas Llosa, *El viejo saurio se retira* (1969) de Miguel Gutiérrez, *País de Jauja* (1993) de Edgardo Rivera Martínez y *Ximena de dos caminos* (1994) de Laura Riesco<sup>2</sup>. Visto así este panorama de novelas que forman parte del canon de la narrativa peruana de la segunda mitad del siglo XX, parece ser que las características de formación y aprendizaje del personaje han estado presentes en nuestra novelística con no poca excepción, lo que hoy nos permite afirmar que es un género que ha sido cultivado ampliamente por varios de nuestros autores peruanos.

Peter Elmore en un artículo sobre estas novelas y la novela de formación en el Perú afirma que “el *Bildungsroman*, en tanto forma simbólica, ha sido el cauce a la vez imaginativo y crítico por el cual discurren varias de las ficciones que le dan forma y sustancia a la narrativa peruana moderna” (2010: 6). Pero aún va más allá e indica que “la novela de aprendizaje acompaña —como uno de esos espejos al lado del camino, en la frase de Stendhal— la historia del siglo XX peruano” (2010: 9).

En efecto, acompaña a la historia del siglo pasado porque los protagonistas de todas estas novelas son niños, adolescentes o jóvenes que, al vivir una etapa de transición, una crisis de crecimiento, cada uno desde su espacio de vida, su visión y formación cultural y manera de

---

<sup>2</sup> En la novela de aprendizaje generalmente los protagonistas son varones. En ese sentido, *Ximena de dos caminos* representa la excepción a la regla, ya que su protagonista es una mujer: Ximena, quien nuclea la historia de aprendizaje a partir de las vivencias de su infancia y el descubrimiento del mundo adulto. Ana Lucía Tello en un estudio dedicado a esta novela indica que el *Bildungsroman* femenino no es un género aparte del tradicional, pero sí apuesta por “la necesidad de reconfigurar el género para representar el desarrollo femenino” (Tello 2009: 13).



ver el mundo, en el período en el que el Perú ingresa a la modernidad a lo largo del siglo XX, se convierten entonces en símbolo de dicha modernidad.

Son una clase de nuevos héroes jóvenes que rempazan a los tradicionales héroes épicos de mediana edad, “cuya juventud refleja el espíritu moderno”, anota Ana Lucía Tello, citando a Franco Moretti. “Es decir que la juventud del héroe es, en cierta forma, la esencia de la modernidad” (2009: 5). Así, través de estos personajes jóvenes asistimos a los procesos de transformación y cambio que se dan en el ámbito rural —el campo, lo andino, lo indígena— y en el ámbito urbano —la ciudad, lo criollo, lo mestizo— y los puentes de encuentro y desencuentro que unen a ambos espacios. Por ello que el proceso de modernización que experimentó el Perú en el siglo XX tiene también su representación en el *bildungsroman*, como anota Rossina Leceta, donde “el conflicto y el desencuentro cultural son sus características más resaltantes” (2014: 17).

Por su parte, Ghislaine Delaune en un estudio sobre la ciudad en la narrativa peruana, advierte que la capital, Lima, es sin duda alguna, “la ciudad más presente en las novelas peruanas de aprendizaje del fin del siglo XX” (2009: 124); el referente a donde vuelven los ojos los personajes de la novela de formación y, en algunos casos, a donde llegan como fin del proceso de búsqueda y aprendizaje que viven, no obstante, que esta ciudad no siempre ejerza el papel de tierra prometida porque pese a sus bondades de tipo urbano, también representa la desilusión, la desesperanza y el caos. “[...] las capitales de departamento y en especial la capital del país aparecen como lugares donde la gente se despabila más rápido que en provincias, con mayor razón que en el campo, y como lugares donde surgen ideas nuevas, donde se desarrollan la ciencia y la modernidad. Sin embargo, en ninguno se ven como tierra prometida. No se omiten las dificultades de la vida urbana, ni el poder de atracción sobre algunos personajes de una vida provinciana sana”, concluye Delaune (2009: 132)<sup>3</sup>.

---

<sup>3</sup> En su estudio sobre este tópico incluye las ya mencionadas *País de Jauja* y *Ximena de dos caminos*, pero también *Las mellizas de Huaguil* (1999), de Zein Zorrilla (Huancavelica, 1951) y el cuento “El retorno de Eliseo” de Rivera Martínez.

Pero no siempre la mirada está puesta en Lima como lugar de destino. También el desplazamiento y la búsqueda que realiza el personaje pueden encontrarse en el sentido contrario: de la capital a la provincia. Esto sucede, por ejemplo, en “Silvio en El Rosedal”, cuento clásico de Julio Ramón Ribeyro, que puede circunscribirse a este nuevo modelo de novela de formación que proponemos. El personaje Silvio es un cuarentón y se desplaza de Lima hacia la hacienda que ha heredado próxima a Tarma. Allí podrá hacer realidad uno de sus sueños frustrados de su niñez: tocar el violín; también descubrirá el amor, aunque el final se nos revele como la imposibilidad de la conciliación consigo mismo.

Como se ha visto, resulta evidente la importancia de la novela de formación en el Perú a partir de la influencia que tuvo como género literario en la concepción narrativa y en la escritura de las obras mencionadas. Sin embargo, las novelas materia de nuestro estudio no han sido consideradas como parte de este corpus de novela de aprendizaje debido a que los protagonistas no son representativos de esa modernidad; recordemos que son personas mayores entre cincuenta y sesenta años y tienen ya una experiencia de vida. No obstante, su papel consiste en la observación del proceso que implica dicha modernidad.

Ambos son testigos de la coyuntura que vive China —donde suceden sus aprendizajes y peripecias—, que se apresta a ingresar a una nueva etapa de su historia, tras la Revolución Cultural y la muerte de Mao Tse Tung. El país vive un tránsito a la modernidad que se expresa en la apertura al mercado capitalista, con el objetivo de consolidarse en el ámbito internacional y convertirse en el país capitalista que hoy es. Al ser testigos de ese tránsito, los personajes asimilan un aprendizaje que, en este caso, linda con el desencanto y el cuestionamiento político e ideológico.

## Capítulo II

### Acercamiento a *Los eunucos inmortales* y *Babel, el paraíso*

#### 1. *Los eunucos inmortales*

*Los eunucos inmortales*<sup>4</sup> se publicó en 1995, y es después de *En busca de Aladino* (1993), la novela de Oswaldo Reynoso que consolida lo que la crítica ha llamado su segundo período creativo, luego de su retorno al Perú y estadía en China durante más de una década. El primer período está marcado por sus primeros libros: *Luzbel* (1956), *Los inocentes* (1961), *En octubre no hay milagros* (1965) y *El escarabajo y el hombre* (1970), los cuales —a excepción de *Luzbel* que es un canto poético—, se acercan desde la prosa narrativa a retratar el mundo urbano y marginal de Lima con una explícita crítica social que proviene de la ideología marxista del autor, sin que ello menoscabe su brillo literario<sup>5</sup>.

A *Los eunucos inmortales* le siguen otras novelas cortas y relatos como *El goce de la piel* (2005), *Las tres estaciones* (2006), *En busca de la sonrisa encontrada* (2012), *Arequipa lámpara incandescente* (2014), y otros, que revelan la senda de aquella nueva incursión creativa. Esta se caracteriza por un cambio en el empleo del lenguaje, cargado de un halo poético y un tono intimista; la exploración del homoerotismo, la belleza y el descubrimiento de la identidad, que ya se dejan advertir claramente en *Los eunucos inmortales*. Por ello, esta novela es considerada como la obra mayor y más ambiciosa de Reynoso.

---

<sup>4</sup> Utilizamos para este estudio la edición príncipe publicada en PEISA, 1995. pp. 254.

<sup>5</sup> En particular sobre *Los inocentes* y *En octubre no hay milagros* hay numerosos estudios y una extensa bibliografía, que se puede rastrear y leer en Flores (2013), Ramos Rea (2015a, 2015b), y Flores, Morales y De Lima (2013, 2015).

*Los eunucos inmortales* destaca también por su dimensión política, como lo ha advertido un sector de la crítica que ha visto en ella, especialmente a partir de la experiencia del autor en China y su pública postura marxista, una exploración y acaso crítica al socialismo chino después de la Revolución Cultural y muerte de Mao Tse Tung. Por ejemplo, Roberto Reyes advierte del diálogo que sostiene la novela con la postura política del autor, al señalar que “Reynoso [...] a través del narrador examina, comenta y expone sus ideas sobre el socialismo, lo cual es perfectamente coherente con las exigencias narrativas del libro. [...] De modo que hay una perfecta simetría entre las ideas expuestas en la ficción y sus opiniones” (2006: 16). Por su parte, César Ángeles destaca el tono “constructivo y esperanzador acerca del socialismo (al menos de la manera como lo vive y entiende el protagonista [...]), aun en medio de la masacre, y de la corrupción terminal del PC chino y de los edictos reformadores en pro de una economía de mercado” (2006: 83).

En suma, esta novela se construye sobre la experiencia vívida del autor que fue testigo de los sucesos de Beijing de mayo y junio de 1989 y que desembocaron en la protesta y masacre de Tian’anmen. Es la experiencia que ha sido llevada al plano de la novela —por tanto de la ficción—, y que se nutre del diario personal, la crónica de viaje, entre otros recursos, como anota Carlos Garayar, aunque “la perspectiva que se adopta es la de un observador marginal y solo sentimentalmente implicado con los sucesos” (2006: 173).

Otras opiniones conceden mayor mérito al tratamiento del lenguaje y al diseño de los personajes, sobre todo en la exploración de su mundo interior que se revela como lo nuclear de la novela. Esto coincide con las apreciaciones que dio el propio autor en torno a la concepción y escritura de su novela en algunos reportajes periodísticos<sup>6</sup>.

En cuanto a la prosa, Garayar apunta que se trata de un “lenguaje sumamente cuidado, rico en adjetivos y matices y de gran poder descriptivo, muy apto para connotar y sugerir” (2006: 173). En efecto, para connotar y sugerir un vasto conjunto de peripecias que ocurren, pasan, como anota Washington Delgado “ante nuestros ojos, ante todos nuestros

---

<sup>6</sup> Ver *El peruano* (1995), Cornejo (1996) y Escribano (1996).



sentidos [...] mejor que en la más acabada película documental, edificios suntuosos, callejuelas pintorescas, plantas exóticas, comidas succulentas, peregrinos aromas, músicas extrañas” (1996: 13). Aunque para Doris Bayly el tono “pausado” de la prosa obstaculice “la agilidad de la historia” (1996: 73).



*Los eunucos inmortales* está estructurada en forma de un diario personal que abarca once días, fechado en Beijing, desde el 12 hasta el 22 de mayo de 1989. De manera adicional se nos presenta un Coda fechado el 10 de junio del mismo año. Quien escribe el diario es el personaje narrador, el escritor y profesor O, quien luce una elegante gordura y pronto cumplirá los sesenta años, entre otras características que nos revelan que estamos ante el alter ego del autor.

A lo largo de la novela, mientras asistimos a la trama principal —la protesta de los estudiantes contra Deng Xiaoping—, se desarrollan una serie de *flashbacks* que nos remiten a diversos momentos de la vida del protagonista —su infancia, adolescencia y adultez— tanto en Arequipa y Lima como en China, produciéndose un “contrapunto entre épocas y ambientes de diversa procedencia” (Ángeles 2006: 79), que nos llevan a una segunda trama —la búsqueda de la clave de la felicidad del protagonista— que, en verdad, constituye el punto medular de la historia. Asimismo encontramos el recurso epistolar empleado hacia el final de la novela en una carta en la que se revelan hechos esenciales.

Estas características y cómo se emplea el lenguaje, ya indicado por Garayar, nos permiten señalar que estamos ante una obra literaria de una particular estética en la que se mezcla el mundo exterior e interior de los personajes en la búsqueda de sentidos que determinan un conjunto de aprendizajes a lo largo de las distintas peripecias que viven y afrontan.

*Los eunucos inmortales* cuenta la historia del escritor y profesor O —ha llegado a China desde el Perú, luego de la muerte de Mao Tse Tung, para trabajar como corrector de estilo en una agencia de noticias—, quien, convaleciente de una operación al estómago, va



registrando en su diario personal los hechos más significativos de la protesta de los estudiantes contra el gobierno de Deng Xiaoping que marcan la coyuntura política y social de los días de mayo de 1989. Estas son las circunstancias históricas en las que se desarrolla la novela.

Pero, en su diario también reflexiona acerca de cómo será la novela que escriba a su vuelta al Perú sobre aquellos hechos que, sin poder evitarlo, asocia con la llamada Revolución del 50 en Arequipa de la que él fue participe, cuando era joven. Es pues la protesta de Tian'anmen el espejo donde puede ver lo que ocurrió en su tierra natal hace cuarenta años. Ello lo lleva a realizar una travesía desde el Hotel de la Amistad donde vive hacia la plaza Tian'anmen para ser testigo de lo que allí está ocurriendo los días previos a la masacre. Pasaje largo e intenso que adquiere matices épicos dentro del argumento y que muestra lo mejor de la prosa del autor.

Al mismo tiempo, O nos revela pasajes de su infancia y adolescencia, como una suerte de indagación personal en los que salen a relucir traumas del pasado —el miedo a la soledad, la culpa, el destierro—, que lo llevan de manera irremediable, como una forma de encontrar la conciliación con su mundo interior, a la búsqueda de la felicidad, en China, en aquellas “desconocidas ciudades de sol de mi nostalgia” (p. 228).

Alrededor de O aparecen diversos personajes jóvenes y adultos: chinos, extranjeros y peruanos quienes además de cuidarlo comparten su amistad y aventuras. Estos personajes también proveen de información a O, acerca de las bondades de la vida y cultura china; las corrientes filosóficas de los antepasados, el taoísmo, los paisajes, los monumentos y las claves que lo ayudarán a encontrar la felicidad.

En este propósito será fundamental la presencia del maestro Liu, pero sobre todo la del joven estudiante chino Liang, ambos amigos de O. El primero le revelará que en China encontrará la clave de la felicidad; el segundo será el encargado de conducirlo a ella, de mostrarle el secreto de esa búsqueda.

## 2. *Babel, el paraíso*

*Babel, el paraíso*<sup>7</sup> se publicó en 1993, y está considerada por la crítica como la novela más atípica dentro de la narrativa de Miguel Gutiérrez, tanto por su forma y estructura como por el tema que aborda en relación con sus anteriores novelas *El viejo saurio se retira* (1968), *Hombres de caminos* (1988), *La violencia del tiempo* (1991) y *La destrucción del reino* (1992), ambientadas en su natal Piura y más cercanas a tópicos de carácter social e histórico. La limitada crítica sobre la novela se ha volcado a ver ante todo su aspecto político, en tanto la ha considerado como un acercamiento con guiños irónicos al socialismo y al desencanto que sufrió el autor —y el personaje de la novela— de la doctrina maoísta en la nueva era de Deng Xiaoping, luego de la muerte de Mao Tse Tung.

Peter Elmore anota en una reseña que *Babel, el paraíso* “ocupa un sitio solitario y hasta insólito” en la narrativa de Gutiérrez y que “se trata de una novela de ideas” por eso que “no se limita a reflexionar sobre los distintos paradigmas de socialización y diversas formas de convivencia humana”, ya que, si así fuese, “su valor sería estrictamente ensayístico” (1994: 27). Son pues otros elementos como la ficción del realismo crítico, la autorreflexión, la evocación y el aprendizaje circunscrito en ella, los que le dan otro valor que permite retratar lo “múltiple”, como bien anota Ricardo González Vigil: “la diversidad humana en lenguas, razas, creencias, costumbres, etc. como lo más humanizador, lo más propio de la dignidad y la libertad del ser humano” (1993: 13). Por ello que Marco Martos afirme que esta novela “abre una veta hasta ahora intocada en la literatura peruana, la novela que podemos llamar de reflexión” (1994: 20).

Algunos estudios han destacado el aporte de la novela en la formulación de lo utópico (Forns, 2003; Portugal, 2003); y otros se han acercado, en una lectura conjunta con *Los eunucos inmortales*, más bien al paralelo entre la experiencia vital de los autores y sus protagonistas novelescos, para analizar el tema del socialismo en la novela peruana (Ángeles, 2006); o el desengaño y choque cultural que produjo para los autores su viaje a

---

<sup>7</sup> Utilizamos para este estudio la edición príncipe publicada en Colmillo Blanco Editorial. Lima, 1993. pp. 226.

China (Ledgard, 2000). Finalmente, en Monteagudo – Vich (2003) se puede leer en conjunto una lectura crítica de la obra de Gutiérrez producida hasta el año 2002, donde se incluye *Babel, el paraíso*.



*Babel, el paraíso* está estructurada en trece fragmentos y la narración transcurre en dos niveles o tiempos: 1) En el tiempo actual, donde el personaje narrador conocido como “el invitado” cuenta su experiencia vivida en el “país de las maravillas” a un grupo de personas —asambleístas—, que sostienen una reunión directiva y que le hacen diversas preguntas a propósito de su relato. 2) La narración de esta experiencia hecha por el mismo personaje narrador, un lingüista e investigador, que se emancipa del relato dirigido a los asambleístas y que no es más que la historia central de la novela que se cuenta al lector.

Cabe mencionar el sentido alegórico por el que opta Gutiérrez en esta novela al utilizar diversas denominaciones que nos remiten a China, sus instituciones, sus políticos, sus paisajes, sin nombrarlos. Tenemos, por ejemplo, el “país de las maravillas” (China); “el Imperio” (el gobierno chino); “la Gran Irritación” (la Revolución Cultural); “Reservación” (el Hotel de la Amistad); “Pequeño Gran Jerarca” (Deng Xiaoping); “Montañas de niebla y luminosidad eternas” (montañas de Jingangshan ubicadas en la frontera de Jiangxi y Hunan, donde Mao Tse Tung inició la Gran Marcha). Lo mismo sucede con los personajes: no se dice el nombre del protagonista principal, mientras que para los otros personajes se utiliza solo el gentilicio: hindú, pakistaní, turco, iraquí, australiana, americana, etcétera. Mientras que el único personaje chino que aparece en la novela es denominado AQ.

En torno al lenguaje empleado, este es sobrio sin dejar de ser irónico y con destellos de un tono narrativo que linda entre lo reflexivo, lo filosófico y lo poético. Como lo dijo el mismo Gutiérrez en una entrevista: “...un discurso oral de tipo culto, que emplea la norma estándar [sic] donde no hay ninguna variedad dialectal. Porque interesa un lenguaje lo más directo posible, para que la historia que se cuenta absorba todo el interés, tanto de la [a]samblea dentro del libro como del lector” (Alat 1994: 23).

*Babel, el paraíso* es la historia de un lingüista e investigador que viaja desde su país de origen —Perú— al país de las maravillas —China— en 1976, poco después de la muerte de Mao Tse Tung, para trabajar bajo las órdenes del gobierno en labores de traducción en el Centro de Publicaciones Imperiales en Lenguas Extranjeras. Al cabo de cuatro años emprenderá el retorno. En la Reservación donde se aloja debe convivir dentro de una comunidad integrada por extranjeros de diversas razas, idiomas y nacionalidades de todo el mundo. No obstante, su propia comunidad lingüística —los latinoamericanos que, vale decir, hablan español— lo excluirá de su seno, tanto por su apatía política y su desencanto en los asuntos relativos al poder como por su incapacidad de relación. Nuestro personaje es entonces señalado como un paria, ante ello se propone establecer amistad con el grupo de extranjeros asiáticos, a pesar de las dificultades del idioma que ello supone. En esa experiencia atravesará por un proceso de aprendizaje y descubrirá la real comunicación con su entorno; además, ello le dará la oportunidad de poner fin al sentimiento de exclusión y segregación que lo acompañó desde su infancia y adolescencia al no poder ser parte de un grupo o una colectividad, situación que se tornó traumática y que delineó el derrotero de su vida.

Otros rasgos que se nos revelan a lo largo de la novela sobre el personaje narrador, tienen que ver con su pasado más cercano. Este ha sufrido la desaparición física de su familia: su esposa y sus hijos, aunque no ahonda en los hechos que desembocaron en ello, por ser algo íntimamente personal. Nos enteramos también que, como lingüista e investigador, ha hecho trabajos en la Amazonía peruana para reconstruir la gramática de una tribu en vías de extinción. Es este el trabajo al que se dedica en la Reservación en los ratos en que no tiene responsabilidades laborales que cumplir.

Entre los personajes secundarios tenemos a un diverso grupo conformado por asiáticos, europeos y latinoamericanos: cada uno más pintoresco que otro. Destacan entre ellos, por el papel que desarrollan en relación con el lingüista e investigador, y la amistad que forjan con él, el maestro hindú, el poeta y novelista iraquí, y AQ, un “nativo” chino trabajador del Imperio, ex servidor del gobierno de Mao, que, en determinado momento, adquirirá una



relevancia mayor en la trama a consecuencia de su suicidio y la revelación de su rol político.

Por último, la novela contiene una serie de digresiones que dan cuenta de historias particulares de algunos personajes, como por ejemplo la australiana y la película que filmó en su juventud; la rubia americana y sus experiencias sexuales con hombres de distintas razas; el turco y su obra poética; el español antifranquista Pelayo y su locura. También se desarrollan episodios relacionados con hechos como la destrucción de los monumentos de la antigua era china con Mao Tse Tung como líder; los sótanos debajo de la ciudad y la red de túneles; el sistema que permite utilizar puntualmente los excrementos humanos como abono orgánico; entre otros, que cumplen la función de complementar el corpus narrativo sin que se pierda la tensión de la historia central.

### **3. ¿Novelas de aprendizaje?**

Como hemos dicho, ambas novelas desarrollan temas relacionados con el conflicto y el destierro que viven los personajes así como los viajes, travesías y búsquedas que efectúan; la evocación, la creación y la utopía que viven, rasgos que las acercan a los de la novela de formación o aprendizaje. Pero conviene preguntarse si es suficiente la presencia de estos rasgos para que las consideremos como parte de este género. Pensemos, por ejemplo, que la edad de los protagonistas linda entre los cincuenta y sesenta años y, por tanto, no se adecúan al perfil tradicional del protagonista de formación: un joven o adolescente del cual se narra el desarrollo progresivo de sus acciones que tienen su inicio en la etapa de la niñez y adolescencia —etapa cargada de conflictos— y que culminan cuando consigue su adaptación al medio social o alcanza la madurez.

En ese sentido, ¿debemos atenernos a la definición tradicional y no considerar como novela de formación o aprendizaje los casos en los que el protagonista es un adulto mayor que, no obstante su experiencia vital, se encuentra en permanente proceso de formación y aprendizaje? ¿Más, aún, cuando este personaje busca la conciliación y/o adaptación con el



mundo exterior e interior en razón de que se encuentra escindido por conflictos que provienen de su niñez, adolescencia o adultez y se propone buscar una solución?

Nos parece importante detenernos un momento en los personajes narradores de nuestras dos novelas de estudio: el profesor y escritor O en *Los eunucos inmortales*, y el lingüista e investigador innominado en *Babel, el paraíso*. Si bien deben asumirse como personajes de ficción que emprenden una serie de peripecias en busca de un objetivo dentro de un mundo representado —la novela— y que por ello se emparentan con los personajes tradicionales de la novela de aprendizaje, también resulta interesante advertir que los dos protagonistas presentan no pocas características —físicas, personales e ideológicas— que corresponden a sus propios autores como una proyección de sus alter egos. Tales semejanzas nos permiten identificar y ubicar ambas novelas dentro del género de la novela biográfica o autobiográfica, claro antecedente temprano de la novela de formación, como apunta Bajtín (1999). En la novela autobiográfica se representa la vida del protagonista, pero no se llega a plasmar el desarrollo o formación de este, por lo que permanece invariable en su esencia. Pero si bien *Los eunucos inmortales* y *Babel, el paraíso* podrían ser novelas autobiográficas, es evidente que trascienden este género y pueden leerse como novelas de formación, ya que en ellas no solo se representan momentos de la vida de los personajes: también tienen proyección en su esencia y destino.

Por otro lado, tanto Reynoso como Gutiérrez han aceptado en entrevistas y publicaciones posteriores, que los protagonistas de sus novelas son ellos mismos o que, al menos, reproducen muchos de sus rasgos. Por ejemplo, Reynoso se muestra de acuerdo<sup>8</sup> con la afirmación que hace Carlos Garayar en torno a la novela: “Con una serena nostalgia y un pausado pesimismo que a veces la ira desborda, el protagonista, en el que no es difícil identificar al autor real, contempla los acontecimientos al tiempo que emprende un viaje por su pasado inmediato y remoto” (2006: 173). [El subrayado es nuestro]. Mientras que, en *La invención novelesca* (2008), el propio Gutiérrez al explicar las motivaciones de la

---

<sup>8</sup> Entrevista personal con Oswaldo Reynoso. 19 de mayo de 2016. Jesús María, Lima.

escritura de *Babel, el paraíso*, indica que no solo se trata de una novela autobiográfica, o una confesión auténtica, sino que ha creado un personaje afín a sí mismo:

[...] descubrí que entre mis ficciones la más autobiográfica de todas es *Babel, el paraíso*, pese a su carácter abstracto. [...] No me refiero aquí a que todos los sucesos relatados me hayan acaecido de verdad —toda novela, siempre hay que repetirlo, es una invención—, sino que, como nunca había ocurrido en mis otras novelas, he logrado componer un personaje tan afín a mí mismo como el del narrador-protagonista, el invitado al simposio. Existen coincidencias externas entre el invitado y yo. Por supuesto, he hecho unas transposiciones temporales por razones poéticas [...]; pero las afinidades mayores se dan en el plano del pensamiento y la conducta moral. [...] creo que yo nunca he hecho una confesión tan auténtica de mi vida, nunca he desnudado mi alma ante un prójimo, como lo hace el invitado del maestro hindú (el supuesto maestro hindú) en ese paraje de las *Montañas de niebla y luminosidad eternas*” (p. 270).

No obstante, nos parece imprescindible cuidar la independencia de los personajes narradores de la ficción, para no caer en la confusión de creer que los autores son los personajes. Ello restaría profundidad a los rasgos y personalidad con que han sido delineados y al papel que desarrollan dentro de la trama. En este estudio si bien somos conscientes de esta proyección de los autores sobre sus personajes, no perdemos de vista que estamos ante personajes de ficción.

Por ejemplo, en el estudio que hace César Ángeles sobre estas obras indica que “con ambas novelas tanto Gutiérrez como Reynoso terminan expresando de diverso modo [...] sus ideales socialistas a la vez que su contraste con una realidad como la China que vivieron y que les devolvía, en más de un caso, un reflejo invertido de lo que anhelaban hallar” (2006: 78). Como vemos, se refiere expresamente a la experiencia de los autores, en tanto que, si nos avocamos a los protagonistas o personajes narradores, encontramos otras dimensiones que explorar: no solo sus pensamientos políticos, sino sus conflictos, sus traumas de la niñez, sus deseos, sus necesidades en medio de un contexto ajeno y/o lejano a su país de origen. Situación que los marca como desterrados, pero que, al mismo tiempo, los impulsa

a buscar cómo recuperar el tiempo perdido y salir a flote, lo que se materializa en el retorno que emprenden a su país de origen, luego de un proceso de aprendizaje.

Al mismo tiempo, los autores también atraviesan por un proceso de aprendizaje que, finalmente, les permite escribir sus novelas. De no haber vivido ambos la experiencia del viaje y de su permanencia en China, les hubiera resultado difícil tener a la mano el insumo necesario que luego sería el sustrato novelesco de sus historias, con el riesgo de afectar su verosimilitud. Sin este cúmulo de experiencias —creemos— hubiera sido imposible que ambos escribieran y publicaran estas sus dos novelas. Estamos, entonces, ante el viaje como aprendizaje. Es de esta manera como se mezcla la experiencia personal con el diseño de los protagonistas que han creado, en un espacio en el que, a veces, resulta difícil distinguir realidad y ficción. Así, las novelas pueden ser consideradas el producto de aquel aprendizaje, en el campo de la creación literaria.

Oswaldo Reynoso dice en una entrevista: “Viajé a China porque al quedarme sin trabajo en el Perú se presentó la posibilidad de ir allá a trabajar; y por otro lado, porque quería conocer y vivir en un país socialista”<sup>9</sup>, lo que concuerda con lo que dice el personaje O de su novela cuando se le pregunta por qué viajó a China: “porque quería vivir en un país socialista y porque tenía la sospecha de que aquí iba a encontrar la felicidad” (p. 41). Mientras que Miguel Gutiérrez, en una reflexión escrita en torno a la novela, quince años después de haberla publicado, indica que decidió viajar a China por dos razones fundamentales: “tener la experiencia directa de vivir en una sociedad socialista y definir mi futuro como novelista” (Gutiérrez 2008: 227). Mientras que el personaje de su novela, quizá menos idealista diga que no viajó “pensando encontrar la sociedad modelo o perfecta”, lo que lo “preservó de antemano de cualquier desilusión” (p. 204). Pero en contraposición allí encontró “lo que no buscaba: el pálido infierno del cual fui expulsado de manera ominosa y el tierno paraíso en el que fui acogido” (ibíd.). Es decir el espacio de la convivencia humana sin prejuicios ni juzgamientos que le permite afianzar la confianza en sí mismo y en su trabajo creador.

---

<sup>9</sup> Entrevista personal con Oswaldo Reynoso. 19 de mayo de 2016. Jesús María, Lima.

Podemos decir, finalmente, que el conocimiento y la experiencia vital que adquirieron Reynoso y Gutiérrez al trabajar para el gobierno en la China posterior a la muerte de Mao Tse Tung como profesores de español y correctores de estilo en las agencias de información, fue fundamental por cuanto les permitió trasladar ese aprendizaje a los protagonistas de sus novelas. Esto se evidencia en su diseño, como una proyección de sus alter egos; asimismo, los amigos chinos y extranjeros que hicieron durante su estadía, sirvieron como modelo para los personajes secundarios.

Además, en *Los eunucos inmortales*, el personaje narrador anuncia desde las primeras páginas que escribirá una novela sobre su estadía en China y, más aún, ensaya y reflexiona sobre cómo será esa escritura que tendrá que llevar a cabo: la forma, la redacción, el empleo de las palabras y las frases, los efectos que tendrá en el lector. Y aunque en *Babel, el paraíso* el personaje no anuncia ninguna escritura posterior de carácter literario, sí echa mano de su cuaderno de apuntes para transcribir de vez en cuando recuerdos e imágenes del pasado y de su vivencia en China, ya que considera que “las circunstancias y sucesos” de su vida en China, fueron “un rico filón” para sus anotaciones (p. 148).

En el capítulo que sigue nos acercaremos al ámbito de las novelas y los rasgos que nos permiten leerlas desde la óptica de la novela de formación o aprendizaje. Rasgos agrupados en seis ejes: Conflicto y destierro, Búsqueda de la felicidad y sabiduría, Viajes y travesías, Memoria y evocación, Creación y aprendizaje, y Utopías necesarias que, en conjunto, nos permitirán responder la pregunta que da título a este acápite.



## Capítulo III

### Rasgos de la novela de formación en *Los eunucos inmortales* y *Babel, el paraíso*

#### 1. Conflicto y destierro

Uno de los rasgos más importantes de la novela de formación es que el protagonista sufre un conflicto con el entorno que lo rodea, por ello que busca su integración al contexto social, como anota Lagos (1996). Es decir, se produce un quiebre con el mundo en que vive; también puede ser un quiebre con su mundo interior. Esto lo lleva a buscar una solución y/o conciliación —a través de un proceso de aprendizaje y peripecias— con su yo y el mundo. De esta manera, una historia cargada de desilusión y traumas puede convertirse en una historia de aprendizaje, como plantea Salmerón, en la que el protagonista sale airoso gracias al proceso de formación que ha llevado a cabo.

En las novelas objeto de nuestro estudio, el conflicto que sufren los protagonistas está relacionado con el destierro; o, mejor dicho: el conflicto que vive cada uno es el detonante que marca su condición de desterrados. No son desterrados de orden político, sino voluntarios que, tras haber atravesado problemas personales en su país, como la falta de empleo, los fantasmas del pasado, los traumas que afloran de su niñez y adolescencia, creen encontrar una solución refugiándose en la soledad del destierro, con el riesgo de sufrir el desarraigo. Tanto el escritor y profesor O de *Los eunucos inmortales* como el lingüista e investigador de *Babel, el paraíso*, son conscientes de su condición y así lo interiorizan durante su viaje y posterior permanencia en China. De esta manera, al asumir su condición de desterrados luchan por liberarse de tal estigma e integrarse al nuevo escenario donde viven, el cual, desde luego, les plantea otros obstáculos.



Por eso, la sensación y/o condición de soledad, destierro e incertidumbre frente al proceso de integración de la nueva cultura y vida a donde han llegado, les hace racionalizar algo que, al parecer, en un inicio no tenían claro: la búsqueda de un ideal, de un estado emocional, el encuentro con lo profundo de su yo, que les permita justificar el viaje como una forma de encontrarse consigo mismos. Así, el escritor y profesor O emprenderá la búsqueda de la felicidad, mientras que el lingüista e investigador buscará la sabiduría. En ese sentido, tanto felicidad como sabiduría pueden ser leídas como bálsamos que ayudan a alcanzar la conciliación, aunque haya en ello una utopía o deseo inalcanzable, como veremos más adelante.

El conflicto por el que atraviesa el escritor y profesor O, está relacionado con un hecho ocurrido a comienzos de 1977, en la universidad La Cantuta donde enseñaba Lengua y Literatura. Esta fue tomada por los Sinchis —un cuerpo especial de la Policía Nacional del Perú creado especialmente para combatir a los hombres alzados en armas que habían iniciado la lucha armada contra el Estado—, hecho que merece su rechazo y desemboca en su renuncia a su puesto de profesor. Ello coincidió con el ofrecimiento de trabajo que hacía la embajada china en el Perú a profesores universitarios que pudieran enseñar español en sus institutos de lenguas extranjeras, o a escritores y periodistas que pudieran trabajar como correctores de estilo en las agencias informativas gubernamentales. «Como yo era escritor activo y profesor cesante, acepté la oferta» (p. 25), le cuenta el protagonista a su amigo, el veterano Liu, una vez que ya está en China. «Además, el sueldo y las condiciones de trabajo eran buenas y no había ninguna exigencia ideológica o política» (p. 25), añade.

Estamos ante un profesor desempleado por las circunstancias políticas y violentas que vive el Perú a fines de la década del setenta, a consecuencia de la lucha armada y la represión policial<sup>10</sup>. Al encontrarse sin trabajo opta por la oferta que se le presenta en China. Esta es

---

<sup>10</sup> Por ejemplo, el 17 de mayo de 1980, se produce lo que el Partido Comunista del Perú – Sendero Luminoso, denomina su primer acto de violencia contra el “viejo Estado”: la quema de ánforas en el poblado de Chuschi, en la región Ayacucho, en la víspera de la elección presidencial. Ver Degregori (2010). Las siguientes décadas el país vivirá una escalada de atentados terroristas y una violencia incontrolable.

la razón por la que decide emprender el viaje a este país; al mismo tiempo es el inicio de un proceso de búsqueda y aprendizaje, en tanto le servirá para reencontrarse a sí mismo. No obstante, una vez en China, todavía tendrá que enfrentarse al desarraigo, tras haber dejado su país, su familia, sus amigos, pese a las buenas relaciones que entabla con sus pares extranjeros y amigos chinos. Por eso confiesa:

Los fines de semana, la congregación de expertos se convertía en comunidad hippie con rotundas borracheras de amanecida y matutinas. Y de nostalgia y desarraigo también (p. 20).

A ello se suma la soledad, quizá mucho más difícil de sobrellevar que el desarraigo porque está asociada, según nos hace saber, con el fracaso de la búsqueda que ha emprendido y el desencanto del sistema político que pensaba encontrar a su llegada:

Y nuevamente esa sensación de soledad y derrumbe que había comenzado a devorarme a las pocas semanas de mi llegada a China y también la sensación de fracaso en la búsqueda de la clave que pueda darme la felicidad en este país donde se construyen y desarman sistemas con el nombre de socialismo. (...) Sin embargo, presentí que detrás de ellos palpitaba la ardiente belleza de lo oculto cuya vivencia me daría la felicidad que había venido a buscar a China desde el Perú (p. 51).

De esta forma se representa el corpus conflictivo de O: soledad, desarraigo, pérdida de un pasado signado por la tranquilidad laboral en su país. Así, asume que la única manera de superar esa situación es a través de la belleza y la búsqueda de la felicidad en China.

Φ Φ Φ

Un poco menos claros son los hechos que obligan a viajar al protagonista de *Babel, el paraíso*, al Imperio —China—. Tan solo dice que “fueron razones de orden privado” (p. 204), las que determinaron su viaje para trabajar como traductor y asesor en las dependencias del centro de Publicaciones Imperiales en Lenguas Extranjeras. Pero estas razones de orden privado están relacionadas como puede advertirse entre líneas a lo largo

de la novela, con la destrucción de su familia, como así califica el lingüista e investigador, a la desaparición física de su esposa y de sus hijos, ocurrida años atrás.

Nuestro personaje transita entre la soledad, el dolor y la imposibilidad de vivir en familia o dentro de una comunidad en su país de origen. Decide dejar su casa, sus cosas, sus libros, para mudarse solitariamente a un departamento. Solo encuentra un resquicio de tranquilidad y paz en las investigaciones académicas que lleva a cabo destinadas a reconstruir la gramática de una pequeña población amazónica. En esas circunstancias se presentará el viaje a China, donde podrá, además de trabajar al servicio del gobierno, buscar “las condiciones propicias” (p. 29) para completar sus investigaciones:

...porque han de saber, mis amigos, que desde que perdí a mi familia yo había desmantelado mi casa distribuyendo entre amigos y parientes todo ese mundo de cosas, incluyendo mis libros, que me hacían recodar un hogar que ya no existía. Y me había mudado a un estrecho departamento de una sola habitación completamente desnudo, donde pasaba el menor tiempo posible antes de regresar a mis investigaciones (p. 171).

Estamos ante un conflicto de tipo emocional que marca el carácter del lingüista e investigador. Una vez en China los fantasmas del pasado siguen abatiéndolo:

Desde que perdiera a mi familia acostumbraba pasar solo las celebraciones de fin de año y este era mi modo de reencontrarme con los míos. En los últimos cinco años, justamente, debido a la investigación que llevaba a cabo había pasado estas fechas en perdidas aldeas de la Amazonía y allí el ambiente me resultaba más propicio para convocar y dialogar con el espíritu de mi mujer y de mis hijos. Y ahora aquí en el remoto Imperio era como estar otra vez aislado en el corazón de la selva, si no fuera por el crudo invierno y el paso furioso del viento ártico que por primera vez experimentaba desde mi llegada (p. 29).

A esta situación se sumará su condición de desterrado, aislado y marginado ante su incapacidad para ser parte de su propia comunidad lingüística, es decir, el conjunto de latinoamericanos que viven en la Reservación —el Hotel de la Amistad—, lo que constituye un nuevo conflicto de interrelación para nuestro protagonista. Esto lo lleva a reconocer que “hay algo ultrajante al saberse marginado” (p. 29), y que se convierte en un estigma que lo embarga profundamente: “Comprendí la naturaleza del pesar que me

embargaba: por primera vez en la Reservación sentía toda la carga del ostracismo que me había sido impuesto” (p. 33). De esta manera solo puede formar parte del grupo integrado por otros desterrados igual que él de procedencia asiática y europea.

El punto de partida para desembarazarse de este cúmulo de conflictos que signan su condición es la decisión que toma para internarse en el bosque de una villa, al retornar de un viaje a las Montañas de niebla y luminosidad eternas, donde, conmovido por la belleza del paisaje y la conversación que sostiene con uno de sus amigos de destierro, el maestro hindú, comprende que la búsqueda de la sabiduría es la solución a sus conflictos. Después de todo, cree que “el conocimiento, además del placer que procura, puede llenar el vacío de nuestras vidas y constituirse en un fin en sí mismo” (p. 31).

## **2. La búsqueda de la felicidad y la sabiduría**

La búsqueda es otro de los rasgos importantes de la novela de formación. El personaje emprende, por ejemplo, a través del viaje, en tanto desplazamiento físico y geográfico, así como a su mundo interior, la búsqueda de sentidos que le permitan reconciliarse con su yo. Con ese afán nuestros personajes viajan a China, uno en busca de la clave de la felicidad y otro en busca de la sabiduría, con la esperanza de que ello les sirva para encontrar una solución a sus conflictos, a su condición de desterrados y a superar los traumas de su niñez y adolescencia que no dejan de atormentarlos.

Ambos emprenden estas búsquedas como una forma de resolver sus conflictos y alcanzar la condición de nuevos hombres, o ser un nuevo tipo de hombres, antes inexistentes, como apunta Bajtín (1999: 215). De esta forma, las razones iniciales que los impulsaron a dejar su país de origen y emprender el viaje al país asiático se contaminan con otros conflictos de orden emocional, además de la soledad y el destierro. Entonces deben hallar las claves para superar tal situación. Esas claves las encuentran en la felicidad y en la sabiduría. Si bien ello podría resultar utópico, creemos que, más allá de que lo consigan, lo trascendente es la búsqueda misma. Luego de esa experiencia, cada uno de ellos volverá a su país, lo que



podría leerse como el fin del proceso de aprendizaje, tras haber alcanzado sus objetivos, o aun cuando no los hayan alcanzado.

En este punto es importante destacar el papel que desempeñan los personajes secundarios; por un lado el maestro Liu y el joven Liang en *Los eunucos inmortales* y, el maestro hindú en *Babel, el paraíso*, como mediadores que permiten a nuestros personajes lograr con éxito sus búsquedas. Pues en la novela de formación el héroe no está solo. Tiene a su alrededor personajes antagonistas y personajes mentores o figuras guías, como señala Tello citando a Lease Y. Lutes: “la importancia de estas figuras radica en que representan las exigencias de la sociedad y, a su vez, prefiguran directa o indirectamente el futuro del protagonista” (2009: 34). En ese sentido, el maestro Liu y el joven Liang, y el maestro hindú, adquieren la categoría de figuras guías para O y el lingüista e investigador, respectivamente, porque serán quienes guíen a nuestros personajes a encontrar la clave de la felicidad y la sabiduría. Esta es otra razón para leer ambas novelas en clave de formación a través de los personajes secundarios en tanto figuras guías como establece la novela de formación.

En *Los eunucos inmortales*, el maestro Liu le dice a O que en China encontrará la felicidad, pero no aquella felicidad pasajera que se siente en contraste con situaciones dolorosas, sino la felicidad que radica en el “hallazgo de la clave que nos permite un desarrollo permanente y a plenitud de lo que debemos ser, es decir, ser lo que se tiene que ser” (p. 41). Si Liu le da la clave de cómo entender la felicidad, el joven Liang será quien guíe a O en la búsqueda de esa felicidad. Ya pronto, en un paseo que hacen por la calle comercial de Dashalan, Liang le dice a O tras colocar la yema de su índice derecho en el centro de su frente, que la clave de la felicidad está: “Aquí, en el Yin Tan” (p. 52). Es decir en el Templo de la Luz, donde se encuentra la armonía de uno mismo.

No obstante, el escritor y profesor O, duda de ello y se pregunta a sí mismo: “¿[...] creías de verdad que ibas a encontrar en medio de tanto derrumbe y soledad la clave que te daría la felicidad?” (p. 158). Quizá porque es consciente que está al margen de la felicidad, como confiesa en el siguiente pasaje:

Y ahí, entre la muchedumbre, en plena calle comercial, esa tarde de verano, comprendí que siempre estaría al margen de la felicidad y comprendí también que así como los antiguos santos habían buscado a dios en la soledad de los desiertos yo inútilmente a lo largo de mi vida había buscado la felicidad en la desastrosa soledad de las grandes urbes (pp. 51-52).

Pero finalmente O encuentra la felicidad o lo que cree que es la felicidad en una función de magia. Tengamos presente que la novela empieza con la invitación a una función de magia que hace Liang a O, donde encontrará la clave de la felicidad, invitación que debe postergarse porque de pronto se impone en la historia la coyuntura social y política que se vive en Beijing, en la cual Liang participa apoyando la huelga de hambre que inician los estudiantes; de manera que solo hacia el final de la novela se retoma y concreta aquella invitación y O visita la función de magia ya no con Liang —ha muerto en la masacre de Tian’anmen— sino con Tin Tin, amiga de este.

La función de magia se lleva a cabo en un teatro ubicado en el barrio de Liang, uno de los más antiguos de Beijing, al atravesar la Autopista de Circunvalación Número Uno. Allí O descubre que lo que busca no es la clave de la felicidad sino una verdad “lacerante y bella” (p. 228) y que, nos dice, ha estado presente en “desconocidas ciudades de sol de mi nostalgia” (ibíd.); es decir su infancia, su adolescencia.

... en la intensidad de la luz que irradian los ojos negros, grandes y redondos pero con un aire extrañamente chino del joven mago comprendo que lo que busco no es la clave de la felicidad, sino la verdad, y descubro que esa verdad, lacerante y bella, siempre ha estado presente en las desconocidas ciudades de sol de mi nostalgia (p. 228).

De esta manera, la búsqueda de la felicidad se convierte en la aceptación de una verdad que se halla dentro de él, una verdad que es bella y también lacerante en tanto revela el misterio de su infancia y adolescencia. Lin, un novicio taoísta a quien O conoce gracias a Liang, le ha dicho en una oportunidad “que la felicidad se apoya en la desgracia y la infelicidad está latente en el seno de la fortuna” (p. 79), lo que concuerda con el escrito XXI del taoísmo que dice: “La felicidad acompaña de cerca a la desgracia, / la desgracia se esconde en la felicidad,” (*El libro del Tao*). Así, podemos considerar que felicidad y desgracia se

complementan, en tanto que para nuestro personaje felicidad es belleza y laceración es desgracia, y que juntas le revelan una verdad, que no puede entenderse de manera disociada.

Por otro lado, resulta interesante que aquella búsqueda que se concreta en una verdad sea dada en una función de magia. Es decir, en un espacio donde se subvierte la realidad, donde el espectador asiste a una transposición de símbolos y sentidos de lo real y cree algo que no es, pero al mismo tiempo donde lo mágico, que implica un acercamiento con lo mítico, lo religioso y lo ritual, se presenta como una revelación trascendental. De esta manera, ante la aceptación del artificio que prestigia el joven mago, a O se le revela el acertijo de la clave que busca y así es como llega al final de su búsqueda, porque ahora tiene una verdad que debe rastrearla dentro de sí mismo, lo cual desde luego no deja de tener cierta connotación utópica.

En este contexto también aparece la idea de patria, en tanto aquella verdad lacerante y bella está presente en las desconocidas ciudades de la nostalgia del personaje, que no son más que aquellas que conforman el país de su adolescencia, es decir su patria. Pero se trata de una patria inexistente, porque nuestro personaje nunca ha “experimentado el sentimiento de patria, ni dentro ni fuera del Perú” (p. 69) y solo ha amado “la patria que no existe” (p. 70), por eso que nunca ha podido encontrar la clave de la felicidad. Será el novicio taoísta Lin, quien le dirá que la patria que no está en ninguna parte será su verdadera patria, en un evidente guiño al principio de los contrarios de los escritos taoístas, como por ejemplo: “Sin salir de la propia casa, / se conoce el mundo” (X. *El libro del Tao*).

Asimismo, es evidente que si pensamos la búsqueda de la felicidad en términos políticos — en tanto el personaje es un hombre que abraza los ideales socialistas y que ha llegado a China para encontrar la sociedad ideal, por tanto la felicidad—, esta resulta infructuosa, ya que el país al que llegó ha dejado de ser aquel que deseaba encontrar, por cuanto las políticas impuestas por los nuevos líderes distan de aquella sociedad dirigida por el antiguo líder Mao Tse Tung. De esta manera, en lugar de la felicidad que esperaba encontrar viviendo en una sociedad ideal, solo encuentra decepción y desencanto. Ante esto, el

profesor y escritor O se siente en la obligación de cuestionar la aplicación y utilidad del credo político en el que cree. Al mismo tiempo encontrará un refugio en la belleza de la cultura y en los amigos chinos, jóvenes como Liang que, en tanto el país se redefine en medio de una coyuntura, no dejan de abrazar y luchar por una patria libre, igualitaria y justa, como la aspiración de la felicidad social.

Φ Φ Φ

En *Babel, el paraíso*, el maestro hindú y erudito en religiones indostánicas es quien guía y acompaña al lingüista e investigador por los bosques de las montañas y la floresta perfumada en busca del pabellón de la sabiduría, allí donde los antiguos monjes y filósofos taoístas se recluían para la meditación y el recogimiento. Para ello inician una larga travesía que en la novela se configura como un bello pasaje narrativo cargado de simbolismo, reflexiones y descripciones de subyugantes paisajes; pero que, sobre todo, constituye un hecho fundamental en el proceso de aprendizaje de nuestro personaje que le permitirá llegar a la sabiduría.

Por eso, el rol que cumple el maestro hindú es significativo. Adopta una “actitud solidaria, fraternal y humana” (p. 195); se convierte en el escucha y confidente del lingüista e investigador, dándole la oportunidad de comunicarle su infierno y sus problemas existenciales y de confesarle de manera veraz, minuciosa y precisa las “fases más oscuras y remotas” de su niñez, adolescencia y adultez, además de sus deseos, “infidelidades, traiciones e imposturas” (p. 189).

Como consecuencia de la travesía que le permite acercarse a la sabiduría y como corolario del diálogo que sostiene con el maestro hindú, el lingüista e investigador consigue la tranquilidad, la liberación de su encierro, la reconciliación y la paz interior. Acaso como resultado de haber sido conectado con una forma de sabiduría más espiritual, surgida del taoísmo, a contraposición de una sabiduría enciclopédica y/o más racional. Ya que, de acuerdo a los postulados de Lao Zi en el taoísmo, el conocimiento y cualquiera de sus formas —erudición, estudio— deben ser rechazados por el hombre, para así alcanzar la



quietud: “Quien aspire a conquistar el mundo, / permanezca siempre libre de todo quehacer. / El hombre ocupado, / no puede llegar a conquistar el mundo.” (XI. *El libro del Tao*). Se trata, desde luego, de un mundo de doble connotación, el mundo externo y el mundo interno del ser humano.

El lingüista e investigador también confiesa que antaño encontró en sus viajes a la Amazonía peruana un espacio y una esperanza para superar sus aflicciones. En el presente de la novela, cuando se encuentra en la montaña china, también descubre la clave de la comunicación como consecuencia de la búsqueda de la sabiduría que, asumida desde una perspectiva espiritual, lo alienta a la confesión que le permite liberarse de los sentimientos y temores que guarda dentro de sí —los causados por la exclusión que sufrió de niño y adolescente; la soledad a causa de la pérdida de su familia; los momentos disipados que vivió—, para luego encontrar la reconciliación consigo mismo y estar en condiciones de volver a su país.

Por eso en un intento de hacer un recuento de su estadía en China, ad portas de volver, se ve a sí mismo como un hombre nuevo, renovado, apto para la convivencia humana. Es otro y él mismo:

Sabía que la nostalgia, el sentimiento de haber perdido para siempre el bien más apreciado, me esperaba en el futuro, tal vez en un futuro cercano. Pero ahora me sentía sereno, en paz conmigo mismo, seguro por fin de que era un hombre apto para la amistad, para la confianza, para la solidaridad y la convivencia humana (p. 216).

Esta reflexión que hace el propio personaje puede resumir el aprendizaje más importante durante su estadía en China. La sensación de serenidad y paz que lo envuelve son el anticipo de una nueva vida en su país, reinsertado y reconciliado con su sociedad. Ahora está apto, nos dice, para la amistad, la solidaridad y sobre todo, para la convivencia humana. Es el mismo hombre y un nuevo hombre a la vez, tal como plantea Bajtín. Aunque ello tenga un costo que es la nostalgia que cree que sentirá por aquellos cuatro años vividos en China, en el extremo del mundo, y por las vivencias, experiencias y conocimientos que

ha adquirido allí, además de los amigos y amigas que ha hecho, a los que nunca más volverá a ver.

### 3. Viajes y travesías

El viaje es otro de los rasgos de la novela de aprendizaje. El personaje emprende un viaje de su lugar de origen hacia otro lugar, con el fin de buscar y encontrar nuevos sentidos a su experiencia, conocer nuevos ámbitos e interactuar con otras personas, todo ello con el fin de alimentar su interior y encontrar respuestas. Como afirma Peter Elmore, en su estudio sobre la novela de aprendizaje en el Perú, ya citado, es importante que “el motivo del viaje le dé sentido a la odisea de quienes se hallan en busca del sitio de su propia identidad” (2010: 6). Es pues en ese proceso que el protagonista aprende, conoce y se reinventa. Desde luego, en las novelas que estudiamos, el viaje y las posibilidades de aprendizaje que implica, están presentes.

Hemos identificado dos niveles de viaje: 1) el que ya hemos descrito en el punto 1: el viaje que hacen los protagonistas de su país de origen (Perú) a China, en tanto destierro voluntario, tras sopesar y buscar soluciones a sus falencias de orden laboral y personal. Y 2) los viajes, a los que vamos a llamar «travesías», que emprenden dentro de China, y que tienen una carga simbólica como eje de sus aprendizajes durante el tiempo en que viven en este país. El escritor y profesor O hace una valiente y ardua travesía desde el Hotel de la Amistad hasta la plaza Tian'anmen, en medio de las marchas y protestas de los estudiantes contra la política de Deng Xiaoping; y el lingüista e investigador, una travesía desde la Reservación hasta las Montañas de niebla y luminosidad eternas, al sur de China. Desde luego, cada uno por razones y circunstancias distintas.

Estas travesías están asociadas a la peripecia, que también es un rasgo de la novela de formación, no en el sentido de la narración formal de “lo azaroso y desordenado de la vida” como dice Salmerón (2002: 59), sino peripecia como una narración que otorga unidad e hilo conductor en la historia del personaje, y es fuente de conocimiento; peripecias que

pueden significar obstáculos como fuente de aprendizaje, tal como sucede con nuestros dos protagonistas.



La travesía que emprende el escritor y profesor O, el día 16 de mayo de 1989, es alentada por los rumores de la noche anterior, de que la plaza Tian'anmen donde se encuentran miles de estudiantes en huelga de hambre —entre ellos Liang, su joven amigo—, será tomada por las fuerzas de seguridad del gobierno con apoyo del ejército, lo que desencadenará una inminente masacre, hecho que, en efecto, sucedió dos semanas después, el 4 de junio. Estos hechos impulsan al personaje a trasladarse desde el Hotel de la Amistad donde vive hasta la plaza, para intentar buscar y ver a su amigo, pero también llevado por un sentimiento de curiosidad y de ser testigo de los acontecimientos que se presentan como inéditos en el proceso histórico social y político de China. Hay pues, deseo de búsqueda y curiosidad, rasgos esenciales de los personajes de las novelas de formación.

Liang no es uno más de los amigos de O. Es un amigo especial. Es un muchacho de veintiún años, nacido en la Revolución Cultural, de rostro marfileño, ojos almendrados y graciosa entonación de chino mandarín. Es estudiante de español en el Instituto de Lenguas Extranjeras. Por esta razón, tiempo atrás, ha hecho una visita a O para pedirle ayuda en un curso de gramática española. Así es como ha comenzado su amistad. Luego, Liang se convierte en un personaje importante para O: comparte con él sus conocimientos literarios, filosóficos y políticos, además de narrarle sobre las tradiciones, costumbres y secretos de China y Beijing; será él quien lo conduzca a la clave de la felicidad que ha ido a buscar a China.

La travesía que emprende O —en compañía de sus amigos, el peruano Coco y el chino He— está marcada además por su convalecencia, tras haber sido sometido meses atrás a una operación de un tumor maligno en el estómago. A esta dificultad física se suma lo azaroso de llegar a la plaza debido a la convulsión social, el bloqueo de las avenidas, el caos vehicular, los controles establecidos por los dirigentes y el intenso calor; aspectos que

condicionan que solo se pueda llegar a la plaza a pie o en bicicleta, lo que hace de esta travesía una aventura llena de peripecias y uno de los pasajes más intensos de la novela.

Ya en la avenida veremos qué hacer. Y comenzamos a caminar muy lentamente por la acera bajo un cielo despejado y caluroso con olor a tierra húmeda y abono orgánico y a gasolina y aceite quemado de los vehículos atrapados en la calzada. Llegamos a una avenida. Por en medio de la amplia pista, avanzan en disciplinada formación columnas de trabajadores con banderas y pancartas. En las veredas, se agolpan niños y ancianos. Pero nadie grita ni aplaude: parece una película muda. He dice que están guardando gargantas y manos para la Plaza Tian'anmen (p. 90).

Luego O y sus amigos se ven obligados a subir a una carretilla para poder avanzar con facilidad y más rapidez. O siente una punzada debajo de la cicatriz de la operación que lo obliga a sentarse y a disimular el dolor frente a sus amigos. Cuando logran entrar a la “Avenida de la Paz Celestial de ciento veinte metros de ancho y cuarenta kilómetros de largo y hay un ir y venir de gente por sus ocho canales de circulación” (p. 96), están cerca de la última etapa de la travesía para llegar a la plaza. Luego la carretilla se detiene frente a la Puerta Norte del Gran Palacio del Pueblo. Están “en el centro mismo de la multitud que copa de lado a lado la Avenida de la Paz Celestial” (p. 103) y que avanza lentamente hacia la Tribuna de Tian'anmen en la Puerta de la Ciudad Prohibida, en el sector norte de la plaza. Desde allí es imposible seguir en la carretilla, por lo que continúan a pie. El objetivo es llegar al Museo de la Revolución, para instalarse en las últimas gradas de la escalinata desde donde podrán ver todo lo que acontezca en la plaza. Pero al emprender la caminata O relata:

Vuelve el dolor de la cicatriz y las piernas se me doblan y me falta aire y para no caer entre el tumulto me aferro a un estudiante con vincha negra y brazalete rojo de la cadena que resiste los embates de la multitud. El estudiante voltea enojado, pero al verme se desprende de su compañero y asustado me saca de la marejada a la pista. [...] Me siento en el zócalo y hace calor y la cicatriz como un duro cincho y sudo y el fragoso zumbido de la muchedumbre y las voces chillonas de los altoparlantes y las sirenas y el olor fétido que



sale de una enorme carpa como de circo levantada frente al Museo de la Revolución aumentan mi lasitud al punto de ponerme al borde del desmayo (p. 110).

Finalmente, alrededor de las cuatro y treinta de la tarde, después de tres horas, desde que salieron del Hotel de la Amistad, O, Coco y He se encuentran en la espaciosa escalinata del Museo de la Revolución. Una vez que consiguen un espacio en medio de la gente, “pueden divisar todos los confines de la Plaza de cuarenta hectáreas” (p. 112), con una multitud de más de un millón de personas que “se agita en ondulación de trigal” (ibíd.). Allí deciden quedarse el resto de la tarde. Desde luego, es imposible ubicar a Liang. Solo saben que está en el centro de la plaza con el pelotón de estudiantes que se han declarado en huelga de hambre. Durante la tarde, los desplazamientos de los grupos de estudiantes, obreros y empleados con cartelones y banderas en la plaza no cesan, al igual que los rumores y los comunicados por los altoparlantes. Uno de ellos anuncia que “doce estudiantes se prenderán fuego como bonzos frente al Gran Palacio del Pueblo si hasta las nueve de la noche no vienen a dialogar en la Plaza” (p. 122) las autoridades del gobierno. La zozobra crece.

El retorno al Hotel de la Amistad se hace en una ambulancia. A O le resulta imposible hacer la travesía de regreso a pie debido al cansancio y su estado de salud, además de la multitud apostada en la plaza y en las calles. Al día siguiente, le cuenta a su amigo Fernando —quien enterado de la travesía que ha hecho ha ido a visitarlo— las consecuencias “de ese hermoso peregrinaje: intenso dolor muscular, agotamiento de muerte y esa sensación tan fea de dureza de cincho en la cicatriz” (p. 126).

Nótese cómo O califica de un “hermoso peregrinaje” a la travesía que ha emprendido, pese a las consecuencias negativas que le ha dejado. Acaso es la expiación de un sentimiento de culpa, si consideramos que el peregrinar, el peregrinaje, involucra un desplazamiento que conlleva sacrificio en el afán de obtener el perdón o la indulgencia. Por eso que O pone incluso en riesgo su salud y agota todos sus esfuerzos físicos en el cometido de llegar a la plaza Tian’anmen en busca de su amigo Liang y para ser testigo de los acontecimientos.

Pero la travesía de O y sus amigos, aparte del desplazamiento espacial, está coloreada de diálogos, evocaciones y reflexiones donde se discuten tópicos en torno a la situación política de China, la protesta de los estudiantes que como parte de su pliego de reclamos exigen una “democracia socialista, libertad de prensa y lucha sincera y a fondo contra la corrupción” (p. 116), o rechazan el poder político de Den Xiaoping que “sin ser Presidente de la República ni Primer Ministro ni Secretario General del Partido gobierna China como un Emperador” (p. 127-128), entre otros puntos. De esta manera hay un aprendizaje que se va construyendo a partir de la experiencia que les depara la travesía, la coyuntura política y los hechos de los que son testigos.

Así, O termina desengañado de la China que vive y ve, no esa China que aspiran los jóvenes universitarios, sino la China que se mece entre las fuerzas políticas que dejan atrás el socialismo de Mao Tse Tung. Se da cuenta que lo único que ha dado calor a su permanencia en ese país han sido sus amigos jóvenes y las obras de arte, pero “nada de este socialismo” (p. 152), alejado de la Revolución Cultural.

Otra lectura que podemos hacer es que O no solo va a la plaza Tian’anmen para buscar a Liang. La travesía y el muchacho chino son como el espejo que refleja una porción de su vida adolescente en los años cincuenta en su natal Arequipa cuando participó en la protesta contra el gobierno militar de Manuel A. Odría. Es como si O quisiera revivir recuerdos y acciones de un pasado que ocurrió cuarenta años atrás. Por eso dice: “En Arequipa, hace cuarenta años, con dictadura militar, fosa común; ahora, en Beijing, con dictadura de partido, pira común” (p. 244). En efecto, se trata de dos hechos distantes —la revolución de 1950 en Arequipa y la masacre de Tian’anmen en 1989—, pero ambos articulados y enhebrados por la protesta social de los estudiantes y la población en contra de los gobiernos de turno. De esta manera, O descubre que está condenado a vivir tales circunstancias una y otra vez pese al paso del tiempo; que ha quedado marcado por estos hechos.

En consecuencia, estamos ante una experiencia similar a la vivida cuarenta años atrás. Desde luego, el personaje ha cambiado, ya no es el mismo. Si antaño era un joven

estudiante, idealista, dispuesto a luchar en la Arequipa de los años cincuenta, hoy es un hombre sesentón con una trayectoria profesional y vital sobre las espaldas. No obstante, su sensibilidad, sentido de justicia e ímpetu de rebeldía se mantienen intactos. Si antes participó activamente en la protesta de Arequipa, hoy en Beijing solo puede ser un observador; es por ello que se embarca en una travesía como si fuera una aventura, para poder llegar a la plaza Tian'anmen pese a su estado convaleciente. Ha sido puesto a prueba una vez más y ha salido airoso. El aprendizaje que en este caso linda con la acción y la defensa de una ideología se ha renovado sin perder la esencia original: el deseo de justicia.

Al mismo tiempo, en el plano personal, O se reinventa —se redescubre— en la figura del joven Liang. Es su proyección hacia el pasado y el puente que le sirve para verse a sí mismo. Y eso le brinda la oportunidad de expiar una culpa, causada por aquella circunstancia de esa noche de la Revolución del 50, que no puede olvidar hasta hoy, cuando lanzó la bomba molotov y un soldado en llamas apareció corriendo por la calle oscura. Un soldado tan joven como él mismo. Y como Liang.

Φ Φ Φ

En *Babel, el paraíso*, las razones previas que determinan la travesía del lingüista e investigador a las Montañas de niebla y luminosidad eternas están relacionadas con una crisis que incluye la ingesta de bebidas alcohólicas y pastillas somníferas, tras haberse enterado de cómo se llevaron a cabo los funerales de su único amigo chino AQ, quien se suicidó meses atrás. Tras la cremación de sus restos, acusan al difunto de haber pertenecido “al conjunto de fuerzas oscuras y tenebrosas que pretendieron sembrar el caos y la destrucción dentro del Imperio” (p. 146). Luego echan sus cenizas a surcos “abonados con estiércol humano al son de la algarabía de cornetas, címbalos y batintines” (p. 147). Desde luego, estos hechos que denigran y mellan la dignidad de AQ, producen rabia e irritación en nuestro personaje y son el factor que desencadena su inmersión en el “despeñadero” (p. 147):

Fue entonces que decidí enclaustrarme o, más bien, intensifiqué mi aislamiento. De esta etapa, mis amigos, unas pocas cosas recuerdo, otras las sospecho y del resto no puedo dar cuenta en absoluto. [...] “Mi yo, hip, la imposibilidad de escapar, hip, hip, de la cárcel del yo”, me decía con mi vaso de brandy entre las manos. Porque el otro recuerdo imborrable de esta etapa es lo mucho que bebí, incluso durante las horas de trabajo en mi oficina, y cada noche era una apoteosis de exaltación y condena de este yo encerrado en sí mismo (p. 149).

Como podemos leer, es alarmante el encierro que vive el personaje, atrapado en sí mismo. Para superar esa crisis se aplica primero una cura de sueño y luego decide participar de la excursión fuera de Beijing que dos veces al año ofrece el gobierno a los extranjeros. Al mismo tiempo comprende que necesita confiar los conflictos que atormentan su vida a otra persona, es decir narrativizar el dolor para poder asumirlo. Entonces se presenta la oportunidad del viaje. Estamos ante el viaje como una forma de encontrar sentido a la vida, una forma de reencontrar la propia identidad, y, como afirma Elmore, no es azaroso; mucho menos aquella travesía “se agota en un viaje [...] sino que parece involucrar también un desplazamiento hacia otro tiempo” (2010: 6). Quizá otro tiempo donde se encuentra la génesis de la condición humana y su identidad. De esta forma, la travesía le permite al lingüística e investigador conocer un lugar que lo transporta a otro tiempo, donde descubre que puede encontrar la clave de su identidad, a través de la búsqueda del lugar sagrado del conocimiento. Esto lo ayudará a su recuperación emocional y a tomar la decisión de contar —narrativizar lo aprendido— a uno de sus amigos, esta vez el maestro hindú, los altibajos de su vida: “[...] me dije que ya había llegado el tiempo de romper con mi orgulloso, altivo, pueril, voluptuoso narcisismo, exponiendo ante un oyente atento y solidario [...], las peripecias de mi vida” (p. 160).

La travesía que emprende como parte de una delegación a las Montañas de niebla y luminosidad eternas —zona nunca antes visitada por los extranjeros— está signada por la esperanza de terminar allí su “convalecencia y alcanzar la paz” (p. 152) consigo mismo. La travesía comprende inicialmente un viaje en avión para llegar al inicio de la ruta, luego desplazamientos en tren, después en bote sobre el gran río Azul —el más importante del



Imperio y uno de los más grandes del mundo—, lo que hace que el personaje evoque sus viajes por los ríos de la Amazonía peruana. Una vez que han llegado a unas aldeas remotas desde donde ascenderán a las montañas se encuentran con campesinos que viven en casas “cavadas y labradas en las rocas crudas... [Un] mundo rupestre, sólido, enhiesto [...] como una epifanía de lo lítico esencial” (p. 154). Es pues, de manera simbólica, el desplazamiento hacia otro tiempo al que alude Elmore. Finalmente, después de tres horas de ascensión en bus llegan a la cima de las montañas, una atalaya natural con un paisaje sobrecogedor.

A medida que la carretera se iba tornando más empinada y a trechos abrupta fui entendiendo la razón del nombre de esa zona de montañas. De pronto, a la vuelta de un recodo, penetrábamos a un espacio húmedo y anublado en el que suaves y errantes nubosidades atajaban por unos momentos el paso de la luz o la tamizaban, mas luego de un breve y sinuoso recorrido ascendíamos a parajes de luminosidad y a través de la ventanilla del ómnibus veíamos allá, abajo, una hondonada vaporosa, con bancos de nubes lamidos u horadados por los resplandores del otoño. Esta alternancia de nieblas empapadas de luz y de luz bordeada de nieblas se fue repitiendo hasta que entramos al dominio de la perfecta luminosidad que se cernía desde un cielo límpido y celeste (p. 161).

Luego de ese encuentro cuasi celestial, al emprender el descenso, todavía la delegación debe quedarse tres días en “una villa ubicada en un paraje de lagunas, bosques, colinas y suaves montañas” (p. 168), parecida al jardín del edén, donde, según los Anales chinos, antaño los monjes y filósofos taoístas se habían internado en busca de recogimiento. Es allí que el lingüista e investigador siente la necesidad de explorar aquellos bosques y florestas para encontrar el “sendero vertiginoso [que] conduce al pabellón de la sabiduría” (p. 174), pese al peligro que tal empresa implica por ser una zona de difícil tránsito, sin pueblos ni aldeas ni alimentos, tal como le ha informado su traductor y guía chino. De cualquier forma aquella necesidad de exploración está ligada a la curiosidad y, sobre todo, a curar la desesperación: “desde hacía muchos años los viajes y caminatas por zonas y regiones desconocidas se habían convertido para mí en la mejor cura cuando el extrañamiento y la desesperación me hacían sentirme ajeno a la vida” (p. 175), confiesa.

Esta nueva travesía la hace en compañía de su amigo, el maestro hindú. Ingresamos entonces al bosque y los escollos que tienen que sortear; al mismo tiempo se nos relata cómo son testigos de la belleza de la naturaleza que se presenta ante sus ojos. La travesía comienza al amanecer; luego de algunas horas de caminata y un descanso, se internan por un declive que los conduce a la floresta perfumada. En seguida cruzan un pequeño puente de piedra para poder llegar al corazón de la floresta. Allí, el lingüista e investigador descubre que “la floresta perfumada no era la metáfora de un espacio ideal, simbólico o soñado sino la nominación de una realidad que se podía gozar desde la vigilia” (p. 178). Entonces siente que ya ha estado allí en otro momento de su vida, siente que ya conoce el lugar, porque este no es otro, sino el que ha visto en la pintura al óleo que su amigo AQ le regaló antes de suicidarse. Es decir, aquella floresta perfumada es la proyección del óleo de AQ. Idea que podemos relacionar con el juego del espejo borgeano, como aquel que “duplica las apariencias” (Borges 1974: 465) en el cuento “La Biblioteca de Babel”, y que, además, como característica singular expresa una “pluralidad sin límites” (Barrenechea 1967: 47). En ese sentido, la floresta perfumada puede ser infinita en su extensión y por eso mismo, perceptible de ser gozada desde la vigilia, como dice el lingüista e investigador. Pero el autor —es decir Gutiérrez, de quien sabemos tuvo especial predilección por Borges<sup>11</sup>— aún va más allá en este guiño al escritor argentino, ya que al salir de la floresta perfumada los dos personajes arriban “al lugar donde los senderos se bifurcaban” (p. 179):

A un lado había una espesa maraña de bosques, intrincados, caóticos y depravados; el otro era un paraje áspero y escabroso de donde partía un estrecho camino que empezaba a serpentear al borde de un precipicio hasta llegar un poco antes de la cima de la montaña donde se levantaba una rústica y maciza construcción de cara al abismo (p. 179-180).

Es evidente la relación con otro cuento de Borges: “El jardín de senderos que se bifurcan”. Si en aquel, el jardín alude a un laberinto edificado por el viejo chino Ts’ui Pen, pero al

---

<sup>11</sup> Incluso le dedicó el ensayo *Borges, novelista virtual* (1999), en el que afirma que Borges ha sido para él “sobre todo un estímulo en los planos de la imaginación y el pensamiento” (p. 158). Y que, mientras avanzaba en la escritura de *Babel, el paraíso*, se propuso que esta así como “las novelas virtuales de Herbert Quain, podría admitir múltiples variantes” (ibíd.).

mismo tiempo es una adivinanza, como lo sugiere Stephen Albert, otro de los personajes, en *Babel, el paraíso* aquel laberinto está representado por esa espesa maraña de bosques intrincados y caóticos que hay a un lado de la floresta perfumada. Mientras que al otro lado está el estrecho camino, al borde del precipicio, que conduce a la cima de la montaña, es decir, la salida del laberinto. Por eso los personajes optan por este lado de la floresta. Solo de esa manera podrán descubrir —o descifrar la adivinanza que es el laberinto— el pabellón de la sabiduría. Quizá aquel laberinto sinuoso y creciente que abarca el pasado y el porvenir (Borges 1974: 475), como anota Borges en su cuento, y que muy bien puede aplicarse a la noción de sabiduría en nuestra historia.

Ana María Barrenechea anota también que la mención de los laberintos en Borges hace que “surja el inevitable desasosiego” (1967: 78). En efecto, en nuestra historia aquel desasosiego se produce cuando el lingüista e investigador y el maestro hindú, al empezar el ascenso a la montaña —tras haber optado el camino estrecho que puede guiarlos a la salida del laberinto—, deben interrumpir su caminata por lo difícil del camino, las grietas, los desprendimientos y la posibilidad de desbarrancarse al fondo del abismo. Es decir, el encuentro con la muerte. Por eso, sin más remedio deciden dar media vuelta no sin antes permanecer un largo rato en absoluto silencio. Así, el desasosiego se convierte en contemplación. Es pues la forma cómo se condensa y cierra la travesía. Ya no importa llegar al lugar mismo, basta con contemplarlo. Y eso se torna en una forma de conocimiento que abre una luz, un resquicio de comunicación, para que, más adelante, el maestro hindú sea el depositario de una historia de conflictos y traumas de la niñez y adolescencia del lingüista e investigador que significaron su falta de pertenencia a un grupo y la pérdida de fe; y luego de adulto, la destrucción de su familia.

ϕ ϕ ϕ

Resultan interesantes los paralelos que podemos hallar en ambas novelas a partir de las travesías que emprenden sus protagonistas. En ambos casos, al término de estas, los personajes logran la integración personal —y acaso social—, como suele suceder en las novelas de formación. Al cabo del trayecto, que ha significado una “transición crucial [...]”

el personaje es ya otro y el mismo” (Elmore 2010: 7). Es decir, cada uno de ellos logra superar sus conflictos y desasosiegos y es tiempo de emprender el regreso y reiniciar una nueva vida. Por ello no resulta extraño que tanto el profesor y escritor O como el lingüista e investigador, poco tiempo después de estas travesías deciden volver a su país.

#### 4. Memoria y evocación: los aprendizajes de la niñez

En *Los eunucos inmortales* y en *Babel, el paraíso* los protagonistas con frecuencia recuerdan y evocan hechos de su pasado, en especial las etapas de su niñez y adolescencia. De esta forma, memoria y evocación están presentes en ambos textos, en tanto funcionan como una manera de traer al presente la experiencia del pasado para poder completar el proceso de aprendizaje. Si bien en la novela de formación esto no ocurre ya que los protagonistas son niños o jóvenes y por tanto no tienen un bagaje de experiencia vital que les sirva como bolsón de recuerdos y evocaciones de donde partir para construir o reconstruir su futuro; en nuestras novelas de estudio, al ser los protagonistas hombres mayores que bordean los cincuenta y sesenta años, es que tienen en sus recuerdos y evocaciones un rico filón para comprender su vida y cotidianidad. Así, memoria y evocación, en estos casos, están al servicio del proceso de aprendizaje, lo cual podría ser un nuevo rasgo de este género, ya que resulta interesante en la medida que permite a los personajes escarbar en su pasado, verse sí mismos, cuestionarse, enfrentarse a sus fantasmas; y, en ese proceso, reconfigurar, entender, asumir, resolver lo que los atormenta y superar los momentos dolorosos del pasado.

Tanto el escritor y profesor O como el lingüista e investigador recuerdan, evocan, hechos traumáticos de su niñez y adolescencia que han tenido hondo significado en sus vidas y han configurado la manera que tienen de ver el mundo. Son recuerdos que han quedado grabados en su memoria y los han marcado. Por ello afloran y están latentes en la rutina de su vida madura y pueden ser activados en cualquier momento: basta una asociación producida por la visita y/o contemplación de un lugar, una calle o un objeto, o el diálogo con sus interlocutores, o su condición de testigos de hechos novedosos y actos públicos en un país al que se están adaptando.



De esta manera, en ambas novelas se leen una serie de pasajes contruidos sobre la base de los recuerdos de los personajes. Para ello, los autores han apelado a la técnica del recodo y, en algunos casos, pueden leerse como digresiones. No por ello afectan el hilo narrativo del relato, más bien, se interpolan con la historia madre y la nutren.

Estas evocaciones les ayudan a reflexionar sobre determinados hechos. Se trata de un aprendizaje que se rescata de la profundidad de la niñez y/o adolescencia en la madurez de la edad. A través de estos aprendizajes —que son productos del recuerdo y la experiencia vivida—, es que llegan a comprender y asimilar hechos cruciales de sus vidas. Y son cruciales porque en el pasado han tenido un impacto traumático: para el profesor y escritor O, el miedo y la soledad que lo lleva a buscar durante su vida adulta la clave de la felicidad; y para el lingüista e investigador, el temor de la exclusión, el pavor de no ser incluido en el grupo de amigos.

Φ Φ Φ

En *Los eunucos inmortales* la constante de los recuerdos del escritor y profesor O lo conducen mentalmente al tiempo de su niñez y adolescencia en su ciudad natal de Arequipa. Allí se revelan pasajes donde emergen el parque de Selva Alegre en el que O juega y corretea; el barrio de San Lázaro donde se ubica la casa familiar; o años más tarde, la playa de Mollendo donde están grabados momentos de su adolescencia; o las inmediaciones del convento de Santa Catalina, la plaza de Armas y las calles y casonas aledañas, mientras participa activamente en las protestas contra el gobierno de Manuel A. Odría.

Son una serie de recuerdos que son traídos al presente en la madurez de su edad, mientras vive en China, en el Hotel de la Amistad, en Beijing, y realiza diariamente ejercicios de descanso para atenuar las consecuencias de una operación a la que ha sido sometido. Es decir, el ambiente tranquilo y los cuidados que le prodigan sus amigos chinos y las visitas que recibe de amigos peruanos y extranjeros tanto jóvenes como adultos, propician el

espacio adecuado para el diálogo y la reflexión, lo que lo lleva a evocar el pasado; también lo hace cuando realiza algunos paseos por Beijing en compañía de amigos chinos, que entusiastas, comparten con él la historia, los secretos y los misterios de la ciudad.

Una de las primeras evocaciones de las que podemos enterarnos es cuando el profesor y escritor está en su departamento del Hotel de la Amistad y recibe la visita de su amigo, el maestro Liu, quien le ha traído una lata de té verde y le indica cómo prepararlo. Debe echar las hojas en dos vasos de cristal de jade y luego agua hervida. Después de tomar un sorbo del primer vaso, el profesor y escritor contempla en el segundo vaso, sostenido por Liu, donde nadan las hojas secas del té, un artístico follaje de bambúes, como un bosque. Avista y recuerda, entonces, su infancia en Selva Alegre en Arequipa:

Y vi un bosque de bambúes dentro de un acuático cristal de jade: eran los eucaliptos de Selva Alegre de Arequipa contemplados al trasluz de un verde papel celofán y entre las esbeltas lanzas de bambú brillaba la nieve del Misti y sentí al galope atropellado de mi infancia por la alameda de San Lázaro y la nostalgia de desconocidas ciudades de sol que destellaban entre las verdes lanzas de bambú que se agitaban suavemente dentro del acuático cristal de jade del vaso de té y el veterano Liu me dijo: Su infancia, ¿verdad? Y en el límite de mi asombro le contesté: Sí, el atolondrado galope de mi infancia (pp. 40-41).

Esta evocación se puede asumir como una memoria ejemplar, aquella que implica “superar el dolor causado por el recuerdo y lograr marginalizarlo para que no invada la vida; [...] aprender de él, derivar del pasado las lecciones que puedan convertirse en principios de acción para el presente” (Jelin 2012: 89), en tanto es un recuerdo positivo que trae al presente, sin causar dolor, la infancia del personaje: la vibración de una escena lejana que se apodera del presente con una evidente fuerza y belleza, que produce asombro y felicidad.

Pero si esta evocación trae un recuerdo feliz, también hay evocaciones dolorosas que revelan conflictos, en tanto forman parte de una memoria literal, aquella donde los recuerdos quedan encerrados en sí mismos y no consiguen “guiar comportamientos futuros en otros campos de la vida, porque [...] son inconmensurables y está vedada la transmisión hacia otras experiencias” (Jelin 2012: 89). Es decir, que, a contraposición de la memoria

ejemplar, se trata de un mandato “de perpetuación del recuerdo contra toda forma de olvido” (ibíd.). De esta manera, hay una fijación del sujeto en el pasado traumático que no le permite vivir el futuro, como se puede apreciar en el siguiente pasaje, donde exclusión, soledad, miedo e infierno interactúan como síntomas de un trauma anclado en la niñez del personaje:

...y conteniendo el llanto había corrido por el zaguán abovedado de sillar de mi casa de San Lázaro de Arequipa [...] y por fin había llegado al comedor y ahí estaba mi papá sentado en un sillón de cuero y raulí con una garrafa de vino y por el gran ventanal que daba a la huerta se veía la higuera y más arriba en el cielo azulísimo la nieve del Misti [...] y los sollozos incontenibles no me habían permitido contarle a mi papá que mis amigos con piedras y feroces insultos me habían corrido del atrio de la capilla del barrio y así como nunca he podido recordar lo que había pasado ese remoto atardecer nunca he podido olvidar que esa fue la primera vez que tuve miedo a la soledad y que sentí la concreta existencia del infierno [...] y llorando le había agarrado la mano a mi papá... (pp. 223-224).

La soledad y el consiguiente descubrimiento del infierno es lo que siente el niño O al haber sido excluido violentamente de los juegos infantiles con los amigos del barrio, juegos que además tienen una connotación religiosa, porque se trata de la capilla donde está la imagen de Dios, lo que desde luego implica una ruptura con lo sagrado. Además, debido a la imposibilidad de comunicar a su padre lo sucedido, el niño opta por retraerse en su habitación para olvidar el mal momento:

...y había dejado a mi papá sentado en su sillón [...] y había corrido por el laberinto de habitaciones de techo abovedado con ventanas de iglesia de la casa de sillar de San Lázaro hasta llegar a mi dormitorio y ahí echado sobre mi cama en posición fetal había cerrado los ojos con la determinación de nunca más despertarme [...] y sin embargo mi mamá me había despertado y era de noche y [...] vi desde la puerta de mi casa de sillar el atrio de la capilla desierto y tuve miedo y lloré y nunca he podido saber si todo esto solo fue un sueño de niño... (p. 225).

Este recuerdo viene a O cuando en compañía de Tin Tin —amiga de Liang—, camina por el callejón que conduce a la casa de este; entonces recuerda la visita anterior que le hizo tras ser invitado a cenar. Intercalada en este relato aparece la evocación de aquel momento de su niñez en medio del llanto en el zaguán de San Lázaro, donde se revela el temor a la soledad y la clara conciencia de la existencia del infierno, hechos que siguen presentes en su vida adulta, porque provienen de un hecho traumático que tiene su origen en la ruptura con lo sagrado. Mérito aparte merece destacar la magistral pericia narrativa que emplea Reynoso al intercalar ambas historias en este pasaje.

Otra evocación que nos interesa desarrollar es aquella cuando O y Liang hacen un paseo al Templo del Emperador de Jade, “la más alta divinidad del taoísmo” (p. 71). En esta ocasión, O recuerda el deleite que le producían, cuando era niño, los olores y sonidos del rito religioso en las iglesias de Arequipa que, incluso, lo estimulaban en el deseo de querer encontrar a Dios. Al mismo tiempo, esta evocación le sirve para establecer una comparación con el momento actual que vive y así reflexionar sobre lo que llama el goce de los ritos:

Cuando era niño, en las oscuras iglesias de Arequipa me deleitaba aspirando el olor a incienso, a mirra y a flores y me embriagaba hasta el dulce mareo viendo el juego de las llamas de los sirios y los destellos de plata y oro de los altares y los colores de las imágenes y de los ornamentos. Y me estremecía con los cánticos de voces triples y con el grave retumbo del órgano y a través de esas sensualidades quería encontrar a dios. Ahora en China me ha sucedido lo mismo en los templos lamaístas y taoístas con sus ritos, enormes imágenes, aromas a frutas y a flores y cánticos monótonos con molinillos de oración y profundos sonidos de larguísimas cornetas. Y aunque te parezca mentira ese mismo goce de ritos lo he sentido en la Plaza Tian’anmen en las grandes movilizaciones convocadas por el partido (p. 71-72).

Esta vez se trata de evocaciones sensitivas a partir de olores, sonidos, imágenes y estremecimientos relacionados con la ceremonia religiosa cristiana y el encuentro con Dios, en las iglesias de Arequipa. Es el teatro de lo sagrado que impresiona y que invita al recogimiento, aunque no llega a producirse el encuentro con lo divino. Esto mismo vuelve a



encontrar, a vivir, nuestro personaje O después de cuarenta años en los templos lamaístas y taoístas de Beijing, donde también se siente afectado por los aromas, cánticos, imágenes y sonidos de los rituales. En suma, un conjunto de ritos —no importa la perspectiva de su orientación y función—, que le procuran un goce, pero que al mismo tiempo le revelan una conciencia social, ya que ese mismo goce ritual lo siente en las movilizaciones de los estudiantes en la plaza Tian`anmen. ¿Acaso no podemos creer que también lo sintió en la Revolución del 50 en Arequipa y que recién hoy es consciente de ello?

De esta manera, la evocación sensitiva del presente lo lleva a identificar un recuerdo vivido de igual forma hace cuarenta años, y ello abona en un aprendizaje que le descubre una conciencia social. Al fin, la lucha social es también un ritual, un goce ritual, porque mantiene sus códigos, sus formas, en los que se enfrentan poderes, creencias, ideologías e intereses.

Por eso, la siguiente evocación que nos interesa desarrollar tiene que ver con los hechos violentos de la Revolución del 50 en Arequipa: O está en su departamento del Hotel de la Amistad, tomando cerveza y conversando con Michel, un experto francés. Ambos comentan las incidencias de la masacre de Tian`anmen, ocurrida días atrás y cómo los ha afectado profesional y emocionalmente. O tiene el recuerdo presente de Liang quien ha sido víctima de la masacre, entonces Michel le pregunta si escribirá alguna vez sobre ello, a lo que O responde que no. Pero esto da pie para que recuerde los días aciagos que vivió en su adolescencia en Arequipa, sin haber cumplido los veinte años, cuando el gobierno militar de Odría desató una feroz represión contra estudiantes y población. También recuerda la imagen de un soldado en llamas, tras haberle lanzado una bomba molotov, como si de pronto, aflorara un sentimiento de culpa, porque aquel recuerdo todavía sigue presente en él a pesar de haber transcurrido más de cuarenta años. Además ignora si aquel soldado murió o se salvó de las llamas.

Prendo la mecha y lanzo la molotov. La calle oscura se ilumina con una antorcha humana que corre dando alaridos y los milicos desde las esquinas descargan sus fusilería contra

nosotros [...] Era junio en Arequipa. Hacía frío y la nieve de los volcanes cristaleaba en la noche azul. Aún no había cumplido veinte años y lloré (p. 241-242).

Todo ha comenzado hace tres días. Los estudiantes del colegio nacional arequipeño La Independencia han tomado el local de su colegio. Sus reclamos educativos no son atendidos. La represión por parte del gobierno no se hace esperar, convirtiéndose así esta protesta estudiantil en un movimiento que alcanza características de una protesta popular en contra del presidente de la República, Manuel A. Odría, quien ordena a las tropas desalojar a balazos a los estudiantes. Esto desemboca en hechos violentos y enfrentamientos con la Guardia Civil y las patrullas militares, durante varios días, que dejan civiles heridos y muertos mientras la protesta popular y la indignación no cesan:

Y yo en un piquete de estudiantes y obreros y llegar a mi casa solo a comer algo de pie, tranquilizar a mis padres, preguntar por mis hermanos, no, no se sabe nada de los mayores, me dice mi mamá ocultando sus lágrimas, y nuevamente escaparme a la lucha callejera. [...] Ahí me integro a un piquete de muchachos. [...] Protegidos por el parapeto de la azotea, se mueven ágiles. Han pasado cuarenta años y nunca he podido olvidar esa noche: lanzo la molotov, el soldado en llamas corriendo por la calle oscura, el cielo azul, estrellado, y la nieve de los volcanes. Y era junio en Arequipa (p. 242).

Es evidente el sentimiento de culpa del joven O. Después de todo, aquel soldado, tan joven como él solo recibe órdenes de sus superiores. Al mismo tiempo se presenta la incertidumbre, porque no se sabe qué pasó con aquel soldado, si murió o se salvó. ¿Acaso lo ha matado? Esa es la razón por la que O nunca ha podido olvidar esa noche. Por eso ha llorado aquella vez y por eso hoy, los sucesos y la masacre de Tian'anmen —de los que ha decidido no escribir—, lo remiten con más intensidad y culpa a lo ocurrido en Arequipa. No obstante, si hay culpa también hay la conciencia del costo social que una protesta popular y su consiguiente represión, implican. Y allí, pese a la culpa, el temor, el recuerdo oscuro, es posible encontrar la conciliación entre la interioridad y el mundo, como un rasgo de la novela de formación, una conciliación que es “problemática pero posible”, como afirma Lukács en Salmerón (2002: 51).

Así pues los recuerdos constituyen una narrativa del pasado que permiten al personaje novelesco explorar su interioridad y extraer momentos marcados por traumas y temores, con el fin de cuestionarse e intentar la conciliación consigo mismo, o al menos aspirar a la resignación. Es de esta manera como O intenta reconciliarse con el mundo. Esto mismo podemos verlo en los traumas de la niñez del lingüista e investigador de *Babel, el paraíso*.

Φ Φ Φ

En *Babel, el paraíso* las evocaciones se desarrollan en dos niveles: 1) La larga evocación que constituye el relato mismo de la novela, en tanto el personaje cuenta su historia en el tiempo presente a un grupo de asambleístas que sostienen una reunión directiva. 2) Las evocaciones que hace el personaje como protagonista de su historia, una vez que llega a China.

Dentro de este segundo grupo, las evocaciones están relacionadas con sucesos de la infancia del lingüista e investigador en su ciudad natal, sus años en el colegio durante la primaria y la secundaria, los estudios universitarios y su vida profesional. Estas evocaciones —a diferencia de *Los eunucos inmortales*, donde se producen como destellos, indistintamente, a lo largo de la novela— son breves y aparecen solo en algunos pasajes, como para dar tímidas pistas del pasado y personalidad del personaje. Solo aquella referida al trauma que sufrió de niño al ser excluido del grupo de amigos, es desarrollada *in extenso* en un par de fragmentos y se constituye en el factor determinante que marca su personalidad.

La primera evocación que hace está relacionada con sus años universitarios y el deseo vehemente de acceder al conocimiento en su totalidad. Hecho que, desde luego, puede ser leído como una utopía, por ello que, el mismo personaje lo asuma así y lo considere, después de todo, como un esfuerzo inútil. Siguiendo los conceptos de Elizabeth Jelin, estamos ante una memoria ejemplar, porque aquel recuerdo universitario si bien pudo representar un tormento en su momento, luego no fue un escollo para el perfil de intelectual que ostenta el personaje.

Este período en la Reservación me hizo revivir mis primeros años de vida universitaria cuando me devoraba un insaciable apetito de conocimiento. Imaginen. ¡Nada más que el conocimiento de todas las ideas y de todas las formas! ¿Pero no dijo el abuelo Hegel (¿o fue el viejo Dilthey?) que el Espíritu se manifiesta y cristaliza a través de las ideas y de las formas? Ah, cuántas noches ardorosas, bellas e inútiles (p. 55).

A esto se suma el recuerdo de un “pecadillo de juventud” (p. 56), como así considera el lingüista e investigador, al hecho de haber coqueteado con el arte narrativo, tras haber querido hacer suyo el terreno de la creatividad, pero eso sí, sin atreverse a profanar los recintos sagrados de la poesía. Producto de ese pecadillo son dos cuentos: “La venganza de los mercaderes” y “El pequeño Luzbel”, que publicó en un par de revistas universitarias, para su fortuna, hoy olvidadas, pero que recibieron una crítica lapidaria del “crítico más prominente de entonces, quien me demandó que urgentemente abandonara un arte para el cual carecía del menor talento” (p. 59), nos hace saber. No obstante, el personaje evocará estos momentos y le contará a uno de sus amigos de la Reservación, el novelista iraquí, el argumento de cada uno de sus relatos.

Ambos están inspirados en la tradición de historias de la religión católica. El primero específicamente en una parábola y trata, como el título lo dice, acerca de la venganza que emprenden contra Cristo los mercaderes que fueron expulsados del templo. Estos influirán en los apóstoles para eliminar de los evangelios los pasajes que cuestionan su poder. El segundo se inspira en el mito del pecado en el paraíso, a través de la serpiente que es el demonio. Tenemos a un maestro de linaje socrático y a dos de sus discípulos “de inteligencia genial y sorprendente cultura” (p. 58), uno bello, otro magro; entonces hace su aparición la serpiente del paraíso —el pequeño Luzbel— que, no es más que otro discípulo que siembra la discordia entre los otros dos. La insidia logra su objetivo y este discípulo advenedizo se convierte en sucesor y albacea del maestro. Cuando este muere, el advenedizo jura consagrar su vida a la divulgación del pensamiento del maestro, con lo que alcanza fama y gloria, desplazando a los otros.



Si bien ambos cuentos fueron denostados por la crítica y hoy nuestro personaje abjura de ellos, es interesante cómo haciendo uso de la creación literaria, nos da algunas pistas sobre aquel deseo suyo de acceder al conocimiento, al mismo tiempo de exteriorizar su condición de excluido. De alguna manera condensa en sus dos relatos aquello que subyace en su interior: la exclusión, y el deseo de poder a través del conocimiento. Si en el primero estamos ante la exclusión de los mercaderes, que no por ello pierden su poder político y económico porque aún conservan su capacidad para influir en el entorno más cercano de Cristo, ello nos sugiere que un excluido no es siempre un perdedor; en el segundo, estamos ante la falta de reparo del discípulo advenedizo que consigue dividir y excluir a los discípulos del maestro, para convertirse en su preferido, acceder a su conocimiento y obtener la gloria. Acaso una postura inescrupulosa que llevaría adelante nuestro personaje en pos de conseguir ser aceptado y tener la sabiduría y el conocimiento para sí.

De esta forma, es posible rastrear en estos dos relatos, es decir en el acto de la creación literaria —si asumimos que esta puede ser una forma de expresión del mundo interior de quien escribe—, los deseos y conocimientos que busca adquirir nuestro personaje, a lo largo de su adolescencia, juventud y adultez. Un destino que le supone un conflicto entre el acto creativo, a través de las anotaciones que hace y no hace en su cuaderno mientras está en China y la incertidumbre de saber si accederá a la sabiduría, lo cual podría leerse como una poética de la búsqueda interior.

Una última evocación es la relacionada con los conflictos y traumas que ha sufrido el lingüista e investigador en su niñez. Como hemos dicho, esta es la más significativa y tiene un particular interés. Se trata de una etapa dura de su vida, signada por la exclusión y baja autoestima en la que, incluso, tiene que repartir sus juguetes y golosinas “para que por lo menos te permitiesen recoger los balones perdidos” (p. 63). Lo mismo sucede en el tránsito a la adolescencia. Su único deseo consiste en:

pertenecer a una de las pandillas de mataperros ordinarios, violentos y alegres, ese deseo mío tan caro en mi vida de pertenecer a un grupo, a una hermandad, a una colectividad que yo intuía como un atributo de lo humano (p. 184).

Pero este deseo de querer ser admitido y/o pertenecer a un grupo, a una pandilla, a un club, se ve frustrado una y otra vez. En este intento, afronta una sucesión de yerros, por ejemplo cuando aspira a integrar la compañía del clero del colegio, “donde se preparaba a los niños en el arte de los servicios litúrgicos” (p. 63), pero resulta que su canto en las ceremonias religiosas, elevado una nota más alta de lo necesario, despierta la desconfianza del cura instructor; o en los ritos castrenses colegiales que involucran desfiles militares, donde no puede ser parte de la escolta ni llevar el pabellón o gallardete ni mucho menos ser brigadier, y tiene que contentarse con ser parte del regimiento, porque el estilo de su marcha resulta “desmedidamente marcial” (p. 65), que lo hace ver como un impostor; o en el fútbol, donde goza de unas “pequeñas tardes de gloria” (p. 65) por sus tiros libres fuera del área. Pero al término de la secundaria ocurre la “experiencia más aleccionadora” (p. 66), cuando decide sacar con otros compañeros la revista de la promoción escrita por ellos mismos con un tono reivindicativo. Ad portas de la publicación, el cura director incauta los materiales y edita otra revista. Esto produce el rechazo e indignación de nuestro personaje y tras defender de manera pública su independencia editorial, recibe la condena de sus compañeros. Confiesa entonces:

Así comprendí que la rebeldía es tolerable hasta el límite en que permita el mantenimiento del orden y la convivencia humana. De lo contrario te esperan la soledad, el ostracismo o la locura (p. 67).

Esta confesión, en la que la rebeldía ha sido aplacada por los límites del mantenimiento del orden, tiene su raíz en aquellas comunidades a las que quiso pertenecer. Todas ellas tienen el denominador común de una estructura vertical y jerárquica, con una línea de orden inquebrantable, donde se debe acatar las órdenes del superior, del jefe, del líder, y donde cualquier desobediencia o excepción a la regla será castigada, incluso con la expulsión. Tenemos el clero, el batallón premilitar y el club de fútbol, signadas por códigos jerarquizantes que, desde luego, obligan a seguir un régimen ya diseñado en contraposición al aporte libre, espontáneo y creativo de sus integrantes. Solo en el último caso, al formar parte del comité de redacción de la revista de la promoción, nuestro personaje adquiere

cierta independencia y capacidad de decisión, aunque luego es censurado por el director del colegio, para luego enfrentar la desaprobación de sus compañeros.

Este intento de rebeldía es también un intento de romper con la institucionalidad hegemónica, aunque en este caso no se llegue a concretar. Así, el personaje fortalece su condición de marginal y excluido del *statu quo*, lo que lo condena a la soledad, el ostracismo y la locura. Por ello, las pocas veces que ha logrado ser admitido con éxito en un grupo, ha tenido que pagar un precio alto. Ha tenido que ceder a actos que repelían su carácter y “sentido de la equidad” (p. 63), es decir su ética y moral. Por ejemplo, cuando traiciona a su único y mejor amigo, al romper con su amistad y preparar el terreno para que sea maltratado y objeto de burla por parte de la patota y así él poder ser admitido en ella.

Una fotografía que conserva el lingüista e investigador muestra el cuadro de aquel difícil momento de tránsito de la niñez a la adolescencia. Es una foto que de solo verla lo entristece. Allí está él, muchachito, con el “rostro extrañamente severo, con el ceño adusto, los labios [...] caídos en actitud mitad displicente y mitad arrogante” (p. 68). No obstante, esta imagen le sirvió como una “máscara protectora” (p. 69), para establecer una separación entre él y los demás, confiesa sin amargura, pese a la tristeza que hoy lo embarga al ver el retrato.

Todas estas evocaciones que configuran hechos traumáticos de la niñez y adolescencia del lingüista e investigador sirven para la autorreflexión y narrativización como parte de un proceso de aprendizaje necesario que, finalmente, le permite encontrar “la oportunidad de pertenecer a una fraternidad que pusiera término a ese oscuro sentimiento de segregación, de ser ajeno a los demás” (p. 184), que lo ha acompañado siempre. En efecto, esa fraternidad la ha encontrado en China, ya que “en algún lugar del mundo debe existir el espacio ideal donde sea posible saciar este humano deseo de comunicación, entendimiento y tolerancia” (p. 67). Lo que hace de China un lugar especial para el personaje porque allí ha renacido la esperanza de poder hacer realidad sus deseos y superar su condición de excluido.

De esta manera, luego de narrativizar sus traumas al contárselos a su amigo, el maestro hindú, en el viaje que hacen juntos a las Montañas de niebla y luminosidad eternas, el lingüista e investigador logra cruzar aquel terreno sinuoso, áspero, que oscureció sus deseos más elementales de su niñez y adolescencia. Estamos así ante una memoria literal que se ha convertido en una memoria ejemplar, gracias al proceso de la narratividad y la búsqueda de una solución, en un contexto especial: el viaje y la estadía en China y la travesía a las montañas. No hay testimonio más rotundo de cómo el personaje nos cuenta que relató su historia a su amigo:

Fui veraz, minucioso, preciso. Si siempre desprecié la autocompasión, en cambio hubo ocasiones en que cedí a las tentaciones de la autopunición voluptuosa. Me había hecho la promesa [...] de mirarme a mí mismo de manera fría, distante y desapasionada, como un hombre de ciencia observa a un insecto, un guijarro o el diagrama de los latidos de un corazón expedito para el colapso. Recorrí mi infancia desde sus fases más oscuras y remotas hasta las más cercanas a la memoria. Consideré mi adolescencia, examiné mi primera juventud, la irremediable entrada a la adultez [...].

Nada le oculté [...], le hablé (refiriéndole los casos más extremos) de mis infidelidades, traiciones e imposturas. [...] Y la gran paradoja [...], es que, pese a mis maldades y a las inmundicias cometidas, yo en el fondo me seguía sintiendo como un hombre de bien, como un individuo que pertenecía al régimen de la luz, no al de las tinieblas. [...] Pues siempre hubo alguien que creyó en mí, que sucumbió a mi perverso hechizo y que estaba dispuesto a salir en mi defensa contra todos los que me odiaron, contra todos los que me juzgaban como inaceptable para la convivencia humana (p. 189).

Este proceso que se ha operado en el lingüista e investigador puede leerse desde la teoría de Judith Butler que nos dice que, por medio de la narratividad, se da al sujeto “la oportunidad de armar una historia acerca de sí mismo, recordar el pasado, entretener los acontecimientos [...] entender a través de medios narrativos lo que ha sido su vida, los callejones sin salida con que tropieza una y otra vez” (2009: 75). Se trata de que el sujeto cuente una historia única y coherente sobre sí mismo apelando a una reconstrucción narrativa. Por ello que, “aprender a construir un relato es, desde luego, una práctica crucial, en especial cuando fragmentos discontinuos de experiencia se mantienen disociados unos de otros debido a



circunstancias traumáticas” (2009: 76). Es decir, a través de la narrativa comunicamos nuestra experiencia. Al hacerlo se abre la posibilidad de que el pasado sea redimido.

Es justamente lo que hace el personaje de *Babel, el paraíso* al narrar su experiencia en dos niveles. Primero, en el tiempo que ocurrió su experiencia, cuando cuenta sus vicisitudes a sus amigos iraquí e hindú; y segundo, años después a los assembleístas de una mesa directiva. Si solo se quedara con el primer relato que hace sobre su viaje a China y los problemas propios de la interrelación humana que sufre a partir de no pertenecer a un grupo o club, estaríamos frente a una historia inacabada, en la que el personaje no ha logrado superar los traumas de su infancia y adolescencia.

Por eso es necesario que años después se enfrente y cuente su historia a los assembleístas, quienes lo consideran además de “típico contradictor” o “eterno disolvente” (p. 11), lo que refuerza más bien el carácter liberador que tiene tal audiencia. Es allí y de esa forma que pone punto final a su relato, apelando a la reconstrucción narrativa de su experiencia que le permite cerrar el círculo. Es la forma como nos demuestra que ha podido y ha aprendido a construir un relato y que con ello alcanza la liberación.

Se puede afirmar que en la narración que hace a los assembleístas está la prueba de fuego que determina la esencia de su aprendizaje durante su estancia en China, aprendizaje que lo ha liberado de los fantasmas del pasado, de su niñez, adolescencia y adultez, sin dejar de ser el contradictor eterno que no claudica en sus posiciones y creencias. Al mismo tiempo, su cualidad de narrador oral nos muestra en ciernes a un futuro escritor, como, en efecto, alguna vez intentó serlo y se aventuró en la creación de dos cuentos.

## 5. Creación y aprendizaje

Dentro del *Bildungsroman* existe un subgénero que se conoce como *Kunstlerroman* o novela del artista. Ana Lucía Tello, en palabras de Marianne Hirsch, indica que “en este tipo de novela, el arte —o, mejor dicho, el proceso creativo— ofrece una solución a la falta de armonía entre la vida exterior del protagonista y sus necesidades internas” (2009: 6). Es

como de esta forma, el protagonista apela a la introspección y al descubrimiento de su propio ser, y en ello, al descubrir de una opción creativa y artística —su aprendizaje— que se le presenta como un recurso de salvación o mitigación a sus problemas, y al mismo tiempo como un recurso para la integración personal y social.

Ello sucede, por ejemplo, con el joven Claudio en *País de Jauja* y con Ximena en *Ximena de dos caminos*. Ambos descubren la escritura, y escriben para el futuro. Claudio, hacia el final de la novela, planea escribir un libro que más adelante será la propia novela *País de Jauja*; mientras que Ximena a través de la “creación de una narrativa”, podrá en su adultez recordar y leer aquello como un testimonio propio de su aprendizaje y experiencia en la niñez, lo cual le sirve para “no solo construirse a sí misma, sino definir su lugar en el mundo” (Tello 2009: 69).

En nuestras novelas estudiadas, encontramos pasajes donde los protagonistas reflexionan sobre el proceso creativo de la escritura y cómo ello influye en las circunstancias de la experiencia que viven en China, en medio de sus evocaciones y búsquedas. Así, en *Los eunucos inmortales*, el escritor y profesor O, desde las primeras páginas nos hace saber acerca de un proyecto de novela que pretende escribir a su vuelta al Perú, donde narrará su experiencia en China, novela que finalmente se cristaliza en la propia *Los eunucos inmortales*. Sus reflexiones giran en torno a la estética de la novela, cómo contará la historia, cuál será el empleo del lenguaje, incluso se anima a ensayar algunas líneas que luego descarta, para proponer otras con un sentido menos cronístico y más literario y poético; es decir, es el aprendizaje que hace el personaje como escritor. De esta manera, la experiencia social y política que vive en China se convertirá en un testimonio íntimo, personal, que es llevado al plano de la novela mediante la ficción y la reconstrucción de los hechos. Así, las circunstancias sociales y políticas adquieren una dimensión individual a través del relato que hace (o hará) el escritor y profesor O. Mientras que el lector, al leer la novela, está prácticamente leyendo lo que O planea escribir en el futuro.

No es casual, además, que Reynoso en uno de los epígrafes de la novela escriba: “Cuando comencé a escribir esta novela, creía firmemente que había ido a China a buscar la

felicidad; cuando la terminé, comprendí que no era la felicidad lo que buscaba, sino la verdad, y esa verdad la ha encontrado en la felicidad de haberla escrito” (p. 9). Aunque puede leerse como un juego de palabras, de cualquier forma, estamos ante la búsqueda de la felicidad, la cual luego se convierte en la búsqueda de la verdad, una verdad que se descubre o se materializa a través de la plasmación de una obra de arte, en este caso, la novela que el personaje de *Los eunucos inmortales* nos dice que va a escribir, que no es otra que la misma que estamos leyendo, escrita por el autor Reynoso. Así, la plasmación de la obra de arte es el resultado del proceso de aprendizaje por el que ha transitado, en este caso, tanto el personaje como el autor y que les ha servido para la conciliación personal.

Este aprendizaje también tiene un efecto en el propio autor Reynoso, que asume un cambio de tópicos en su universo narrativo a partir de *Los eunucos inmortales*, el cual tiene un tímido precedente en su relato corto *En busca de Aladino*, publicado dos años antes, pero que adquiere mayor solvencia y rumbo con *Los eunucos...* Este cambio supone un alejamiento de la crítica social frontal de sus primeros libros, para acercarse a una poética con rasgos más intimistas donde se explora el sentido de la búsqueda personal y la identidad, lo homoerótico, la belleza del cuerpo, y el uso del lenguaje que logra una propia estética, sin dejar, desde luego, la preocupación social entre líneas y la ideología que el autor mantiene como punto de vista a lo largo del conjunto de su obra.

Mientras que en *Babel, el paraíso*, para el lingüista e investigador el proceso creativo no está signado necesariamente por la escritura de una futura novela o texto de carácter literario —al menos, en apariencia—, sino está relacionado con las circunstancias de su entorno. Así, el proceso creativo pasa por dos momentos: primero, la investigación que escribe sobre los signos lingüísticos de una comunidad amazónica en extinción, investigación que se propone terminar como en efecto lo hace y que, en buena medida, lo libera de la situación de exclusión que vive al interior de la Reservación frente a sus pares latinoamericanos, ya que opta por avocarse íntegramente a este trabajo en un esfuerzo intelectual y creativo; segundo, los apuntes que hace “muy de vez en vez” (pp. 147-148), en un cuaderno, según nos dice, de los recuerdos e imágenes del pasado que emergen en sus sueños o de lo que transita por su mente. Así, sus fantasías, sus deseos, sus más ocultas

confesiones, pero también las circunstancias que vive en el Imperio, se convierten en un “rico filón” (p. 148), para sus anotaciones, e incluso inicia relatos que luego deja truncos.

También confiesa que todas estas anotaciones no representan más que “una débil defensa” (p. 147), ante al abatimiento que sufre, invadido por los traumas del pasado y el desasosiego en su rutina diaria en el Imperio. En todo caso, aquellas anotaciones lo conminan a enfrentarse a sí mismo, a descubrirse, a través de las palabras escritas, como un espejo, como un encuentro íntimo con su propio yo que, de cualquier forma, lo ayuda a reencontrarse. Es el aprendizaje, a través de las palabras escritas en un cuaderno, que se convierte en un bálsamo que lo ayuda a vivir.

Al mismo tiempo, el hecho de que las anotaciones en su cuaderno se produzcan “de vez en vez” nos revela que el personaje reprime deseos, fantasías, confesiones y sentimientos que, solo ante la pérdida de control, cuando ya no puede reprimir más, cuando se quiebra su fortaleza —en contraposición a la racionalidad y sabiduría que aspira—, afloran en su cuaderno. De esta manera aquel “de vez en vez”, puede leerse más bien como el ocultamiento o el silencio de algo que lucha por salir y liberarse, pero que le cuesta hacerlo. Este silencio, aquello que no nos revela, en verdad nos dice mucho de él, en tanto es un discurso implícito o una zona de sombra bajo la óptica de Pierre Macherey.

Macherey en *Para una teoría de la producción literaria* (1974) se refiere a lo explícito (lo manifiesto, lo descubierto) y lo implícito (lo latente, lo oculto), en la obra literaria. Entiende lo explícito como lo manifiesto, lo que formalmente está explicado y enunciado. Pero mucho más interesante le resulta lo implícito, aquello que denomina zonas de sombra, y a las que es necesario identificar e interpretar para comprender la totalidad de la obra.

Macherey sostiene que “es necesario que la palabra depositada en el libro sea incompleta; que todo no sea probado por ella, y que de ese modo sea posible decir otra cosa, de *otra manera*” (1974: 83). [Cursivas del autor]. En todo caso, se trata de un silencio, un silencio que es fuente de expresión, según Macherey, porque “implica la «presencia» de un no dicho (...) porque para lograr decir alguna cosa hay otras que *es necesario no decir*” (1974: 86).



[Cursivas del autor]. Por supuesto, estos silencios o zonas de sombra no significan que la obra esté incompleta o que delate confusión y caos. Por el contrario, dan pie para rastrear una “verdad inédita” o para “decir lo verdadero” que está en función de la obra pero que literalmente no está enunciado en ella.

Esta relación entre lo explícito y lo implícito, entre lo manifiesto y lo silencioso, resulta evidente en aquello que escribe y no escribe el lingüista e investigador. Si las anotaciones que escribe de cuando en cuando en su cuaderno son el resultado de un escape para liberar una parte de su mundo emocional, que le sirve como una débil defensa para su abatimiento y de alguna manera para enfrentarse a sí mismo, como ya hemos afirmado; aquello que no escribe, aquel silencio, aquello que reprime, aquellos relatos que quedan trancos, nos muestran una “verdad” o “lo verdadero” en palabras de Macherey, del mundo interior de nuestro personaje. Ello nos revela que todavía no está listo para superar los traumas del pasado y encontrar la integración personal y social, rasgo que, desde luego, va a contracorriente con la novela de formación o aprendizaje, donde el protagonista logra superar los conflictos que le plantean su desarrollo y experiencia de vida.

No obstante, en este caso, en aquello que no escribe —vale decir en aquello que no crea—, quizá está el germen de una obra literaria que será escrita en el futuro, como podemos suponer a partir del relato oral que hace el personaje muchos años después a un grupo de asambleístas; oralidad que se puede convertir en escritura. Asimismo, en lo dicho y no dicho, podemos creer que está anidando una futura obra que por ahora resulta trunca o que todavía necesita ser escrita. Por ello que el personaje considere como un “rico filón” a estos recuerdos, deseos, imágenes y circunstancias que le permiten escribir y no escribir. Acaso un rico filón del cual luego eche mano para crear y componer una obra ambiciosa que puede ser la misma *Babel, el paraíso*.

## 6. Utopías necesarias

Un último eje que nos interesa desarrollar es el relacionado con la utopía. Miguel Salmerón observa, como ya hemos dicho, que el final de la novela de formación, solo puede ser

utópico, fragmentario u oscuro, ya que la formación integral del individuo se revela como un ideal imposible de realizar (Salmerón 2002: 59).

Una segunda idea que propone Salmerón, a partir de *Los años de aprendizaje de Wilhelm Meister* de Goethe, es que este “cierra la novela con la armonía de yo y mundo, pero la armonización se lleva a cabo de forma oblicua haciéndonos ver la negatividad necesaria de ese proceso y dándole un doble final” (2002: 51-52). De esta manera, cita a Lukács, para decir que “el desajuste yo-mundo se supera por una parte en una ‘utópica idealización de la realidad’ y por otra parte y al mismo tiempo con ‘la adaptación, la resignación y la renuncia’. Dicho de otro modo la conciliación es meramente aparente, consiste a lo sumo en una *configuración estética del destino*” (ibíd.). [Cursivas del autor].

Desde esta perspectiva, la formación del protagonista durante el proceso de aprendizaje es un ideal utópico, que hace que la conciliación con el mundo exterior —la realidad— sea tan solo aparente o fragmentada, porque también esta ha adquirido un carácter de idealización. De esta forma, el protagonista se adapta, se resigna o en todo caso renuncia a la búsqueda de la armonía de su yo-mundo, en tanto es una negatividad necesaria que se constituye como una configuración estética de su destino, en la construcción del nuevo hombre que será. Interesante noción que nos sirve para pensar el destino de los protagonistas de nuestras novelas estudiadas y revisar el carácter de lo utópico en ellas.

En *Los eunucos inmortales*, lo utópico se puede rastrear en el ideal de búsqueda de la clave de la felicidad. ¿Es posible hallar la felicidad? ¿O es solo una utopía? Solo hacia el final de la novela, en una función de magia a la que asiste el personaje, se nos revela que aquella búsqueda de la felicidad es más bien el encuentro con una verdad. En ese sentido, podemos decir que el personaje se resigna y adapta a aquella verdad como una salvación frente a lo utópico de su búsqueda, y reconfigura sus anhelos y su destino de manera fragmentaria.

Es de esta forma como O logra completar su proceso de aprendizaje, pese a aquella negatividad necesaria a la que alude Salmerón. La felicidad que es una verdad debe

encontrarla en “la patria que no existe” (p. 70), es decir la patria que no está en ninguna parte, más que dentro de él, como le dice el novicio Lin.

Al mismo tiempo, esta búsqueda personal, íntima, que se torna utópica puede proyectarse al plano colectivo, social, a través de la búsqueda que hace del modelo de lo perfectamente social —el país socialista— el que, finalmente, se torna en un desencanto, por las nuevas condiciones y la brutalidad de la represión que impone el nuevo régimen, tras la Revolución Cultural y la muerte de Mao Tse Tung. Así, el ideal político socialista anhelado se convierte en una utopía. Por lo tanto, el personaje no llega a armonizar la relación yo-mundo en el plano individual ni en el plano colectivo, tampoco se produce una conciliación entre ambos espacios, pero creemos que ello no implica un aprendizaje frustrado, sino más bien fragmentado que supone el intento de buscar hacer realidad una utopía.

En *Babel, el paraíso*, el lingüista e investigador, si bien hacia el final de la novela logra superar el trauma de exclusión que lo acompañó desde su niñez y consigue pertenecer a una comunidad humana —esa “patria esencial que no tenía más territorio y frontera que el ilimitado afecto humano” (p. 218), es decir, los amigos asiáticos y europeos con quienes comparte y establece una amistad dentro de la Reservación—, lo que le permite encontrar la armonía yo-mundo, es cierto también que ello representa para él el descubrimiento del reino de la utopía:

... había tenido la infinita fortuna de hallar el reino de la utopía, es decir, un espacio donde al no existir norma ni prohibiciones ni jerarquías ni jefatura [...] se hacía posible la comunicación y el entendimiento, tornando absurdo todo combate por las ideas o las palabras. Si no te imponen condiciones y no tienes que pagar tributo alguno para ser admitido en una comunidad, entonces estás dispuesto a entregarte por entero [...]. Yo por lo menos me propuse ser solidario, cordial, respetuoso y tolerante (p. 70).

Si bien es una utopía que sirve para la socialización del personaje, ya que gracias a ella se hace posible la comunicación y el entendimiento, en seguida descubrimos su carácter aparente nada más, ya que, hacia el final de la novela, en un cambio de tuerca, se nos revela

que en dicha comunidad nunca se habló un mismo idioma o que, en todo caso, cada quien habló su propio idioma. ¿Cómo es posible entonces que se haya producido la comunicación? Es allí donde observamos lo fragmentario del final, la utopía de la comunicación y el símil con el mito bíblico de La Torre de Babel que propone el título de la novela, pero Babel como un paraíso, porque “la confusión de las lenguas, lejos de ser una maldición como en el mito de Babel, puede ser el factor esencial para la unión y el entendimiento” (p. 224), dice el personaje.

En efecto, si en el mito bíblico Dios castiga a la humanidad condenándola a hablar diferentes idiomas tras haber querido alcanzar el cielo, en la novela la alegoría es inversa. En vez de caos a propósito de la diversidad de lenguas, se fortifica y se produce el entendimiento y la plena comunicación, aunque ello pueda leerse como una utopía.

Roberto Forns afirma en un estudio sobre *Babel, el paraíso* que se trata de una utopía de la comunicación, pero como “una práctica atenta a los contextos y valores culturales que se involucran en el proceso de comunicación” (2003: 177). Después de todo, no debemos olvidar que la comunidad aquella está formada por especialistas en lenguas, traductores y/o lingüistas, por ello que “lo utópico no supone cambiar de nacionalidad o adaptarse por completo a otra realidad cultural” (ibíd.). De esta manera, es una utopía liberadora que conserva la esencia e identidad cultural y permite a nuestro protagonista alcanzar la comunicación —conciliación— con el mundo. En este caso, el carácter de la utopía es el aprendizaje que ha hecho suyo. No es que ha ido en busca de ella, sino que la naturaleza de esta utopía le ha prodigado la solución a sus conflictos. Como añade Forns: “podría decirse que el aporte de la novela se encuentra en la formulación de lo utópico” (2003: 165).

Otro rasgo utópico que encontramos en *Babel, el paraíso* que podría determinar un final fragmentado u oscuro es el deseo vehemente del personaje por acceder al conocimiento en su totalidad, que se torna en la búsqueda de la sabiduría. Si bien, en la incursión que hace a los bosques de las montañas y la floresta perfumada logra encontrar el pabellón de la sabiduría, en seguida debe dar media vuelta ante la proximidad del peligro que supone llegar a ella por lo difícil del camino. Esto es suficiente para que el lingüista e investigador



comprenda los límites de sus deseos y decida narrar su problemática a su amigo, el maestro hindú. Al abrir la caja que contiene sus conflictos también se abre la posibilidad de alcanzar la conciliación interior y con el mundo.

Así, el ideal utópico del pleno conocimiento opera como una negatividad necesaria que ordena el destino del protagonista al acercarse a la sabiduría; ello le sirve para dejar atrás los conflictos que configuran su personalidad. Es el aprendizaje que hace suyo y que lo convierte en un nuevo hombre, como aquel sabio que en el escrito I de *El libro del Tao*: “... se mantiene en el fondo, / y no en la superficie, / se mantiene en el centro y no en el extremo. / De manera que rehúsa lo uno y adopta lo otro”.



## Conclusiones

El presente estudio se planteó como hipótesis de trabajo que las novelas *Babel, el paraíso* (1993) y *Los eunucos inmortales* (1995), de los escritores peruanos Miguel Gutiérrez y Oswaldo Reynoso, respectivamente, podían ser leídas como novelas de formación o aprendizaje; no obstante que los protagonistas —el lingüista e investigador innominado en la primera, y el profesor y escritor O en la segunda— son hombres que frisan los cincuenta y sesenta años y tienen una vasta experiencia de vida mientras que los de la novela de formación se caracterizan, más bien, por su juventud.

Elegimos estas novelas como objeto de estudio, porque ambas comparten elementos que llamaron nuestra atención tales como: su trama en la China de la era post Revolución Cultural; el afán de búsqueda: en una se busca la sabiduría, en otra la felicidad, en tanto bálsamos como utopías o deseos inalcanzables. Asimismo, los protagonistas viven una existencia marcada por conflictos y traumas que tienen su origen en la niñez, adolescencia y juventud; ambos desean expiar sus culpas y reconciliarse con su yo y el mundo.

En principio nos planteamos estudiar las características de la novela de formación o aprendizaje a la luz de las teorías propuestas especialmente por Mijail Bajtín y Miguel Salmerón, para así poder contrastar e identificar en nuestras novelas de estudio los rasgos de formación y aprendizaje. Como resultado de ese proceso, podemos concluir que ambas novelas presentan diversos rasgos de este género, como por ejemplo: el quiebre que padecen los protagonistas con su entorno y que los condena a una situación de abatimiento; las peripecias, viajes y búsquedas que afrontan en pos de conseguir una solución; los desencantos que sufren; la lucha por alcanzar deseos utópicos; en suma, acciones y conflictos que se constituyen como parte de un proceso de aprendizaje que, finalmente, les permite lograr un nivel de perfección y reencontrarse con su medio. Es decir, se logra la construcción de un nuevo hombre gracias al proceso de aprendizaje, como apunta Bajtín.

No es que dejen de ser ellos, pero son nuevos hombres, preparados para enfrentarse al mundo tras haber superado sus traumas y conflictos.

También identificamos otros rasgos que, aún cuando no se consideran propios de la novela de formación, abonan en el proceso de aprendizaje de los protagonistas. Por ejemplo, la memoria y evocación, en tanto narrativa del pasado que les permite narrativizar su experiencia, tal como propone Butler, para sobrellevar y/o superar los traumas; o la creación artística que emprenden como una alternativa de expresión de su propia historia. Características que si bien marcan una diferencia con el género de formación, ayudan a los personajes en la reconciliación con su yo.

Por otro lado, advertimos que el proceso de aprendizaje alcanza no solo a los personajes de ficción sino a los autores. La experiencia que tuvieron tanto Gutiérrez como Reynoso al dejar el Perú a finales de la década del setenta y viajar a China —la China posterior a la muerte de Mao Tse Tung—, para trabajar allí como correctores de estilo de una agencia gubernamental y para conocer la experiencia socialista, fue determinante para la escritura de sus novelas. Eso explica la estrecha relación que existe entre los autores y los protagonistas de las novelas, ya que operan como una proyección de sus alter egos. En ese sentido, ambas novelas también pueden leerse como autobiográficas, un género temprano de la novela de formación.

De esta manera, luego del estudio y análisis que hemos efectuado, consideramos que tanto *Babel, el paraíso* como *Los eunucos inmortales* pueden ser leídas dentro de las coordenadas de la novela de formación o aprendizaje. Esto nos permite proponer una nueva categoría dentro de este género, la cual refiere a aquella novela cuyo protagonista es un hombre mayor en permanente proceso de formación y aprendizaje.

La lectura desde este marco teórico nos permitió explorar con mejor solvencia el mundo interior de los personajes y nos abrió nuevos espacios de análisis, más allá de lo que la crítica ha visto con relación a la dimensión política y social de cada novela y sus particularidades estéticas.

## Bibliografía

ALAT

1994 “Miguel Gutiérrez y *Babel, el paraíso*. Escribir para soportar la existencia”, en *La República*. Lima, 16 de abril. p. 23.

ÁNGELES, César

2006 “El socialismo en la novela peruana (o viaje a la China de Miguel Gutiérrez y Oswaldo Reynoso”, en *Intermezzo Tropical*. Nro. 4. Lima. pp. 75-86.

BAJTÍN, Mijail

1999 *Estética de la creación verbal*. México: Siglo Veintiuno Editores.

BARRENECHEA, Ana María

1967 *La expresión de la irrealidad en la obra de Borges*. Buenos Aires: Editorial Paidós.

BAYLY, Doris

1996 “Banquete chino” en *Debate*. Nro. 87. Lima, marzo, abril. p. 73.

BORGES, Jorge Luis

1974 *Obras completas 1923-1972*. Buenos Aires: Emecé Editores.

BUTLER, Judith

2009 *Dar cuenta de sí mismo. Violencia, ética y responsabilidad*. Buenos Aires: Amorrortu Editores.

CORNEJO, María Elena

1996 “Cholo en China” en *Caretas*. Nro. 1398. Lima, enero 25. pp. 70-71.

DEGREGORI, Carlos Iván

2010 *El surgimiento de Sendero Luminoso. Ayacucho 1969-1979*. Lima: Instituto de Estudios Peruanos.

DELAUNE, Ghislaine

2009 *La ciudad en la Narrativa Peruana de Autores y Temática Andinos (siglos XX y XXI)*. Lima: Editorial Universitaria de la Universidad Ricardo Palma.

DELGADO, Washington

1996 “Oswaldo Reynoso y la felicidad”. En *El Dominical de El Comercio*. Lima, 21 de enero. p. 13.



ELMORE, Peter

- 1994 “El idioma de la utopía”, en *Domingo de La República*. Lima, 27 de febrero. p. 27.  
2010 “Las edades tempranas. El relato de aprendizaje en la literatura peruana”, en *Libros & Artes*, revista de Cultura de la Biblioteca Nacional del Perú. Año IX. Nro. 40-41. Lima. pp. 6-9.

EL PERUANO

- 1995 “Si no hay lenguaje, no hay novela”. Entrevista a Oswaldo Reynoso. *El Peruano*. Lima, 20 de diciembre. p. 10.

ESCRIBANO, Pedro

- 1996 “Oswaldo Reynoso y *Los eunucos inmortales*”. Suplemento de Artes & Letras *Culturas de La República*. Lima, 28 de enero. pp. 25-26.

FLORES, Gladys (editora)

- 2013 *Oswaldo Reynoso II. La buena educación*. Lima: Academia Peruana de la Lengua, Instituto de Investigaciones Humanísticas de la Facultad de Letras y Ciencias Humanas de la UNMSM, Editorial San Marcos.

FLORES, Gladys; MORALES, Javier y Paolo DE LIMA (editores)

- 2013 *Oswaldo Reynoso I. Los universos narrativos*. Lima: Academia Peruana de la Lengua, Instituto de Investigaciones Humanísticas de la Facultad de Letras y Ciencias Humanas de la UNMSM, Editorial San Marcos.  
2015 *En octubre no hay milagros. 50 años después*. Lima: Editorial Cátedra Vallejo.

FORNS, Roberto

- 2003 “Comunicación y conciencia ecológica: nuevos valores utópicos en *Babel, el paraíso* de Miguel Gutiérrez”, en Monteagudo, Cecilia y Víctor Vich 2003: 164-186.

GARAYAR, Carlos

- 2006 “Oswaldo Reynoso y *Los eunucos inmortales*: una novela de la experiencia”. En Tenorio 2006: 172-174.

GONZÁLEZ Vigil, Ricardo

- 1993 “Un novelista múltiple”, en *Dominical de El Comercio*. Lima, 12 de diciembre. p. 13.  
2008 *Años decisivos de la narrativa peruana*. Lima: Editorial San Marcos. Colección Súmmun.

GUTIÉRREZ, Miguel

- 1993 *Babel, el paraíso*. Lima: Editorial Colmillo Blanco.  
1999 *Borges, novelista virtual*. Lima: Editorial San Marcos.  
2008 *La invención novelesca*. Lima: Fondo editorial Universidad de Ciencias y Humanidades.

JELIN, Elizabeth

2012 *Los trabajos de la memoria*. Lima: Instituto de Estudios Peruanos.

LAGOS, María Inés

1996 *En tono mayor: Relatos de formación de protagonista femenina en Hispanoamérica*. Santiago de Chile: Cuarto Propio.

LAO ZI

1983 *El libro del Tao*. Traducción, Prólogo y Notas de Juan Ignacio Preciado. Madrid: Ediciones Alfaguara S.A.

LECETA, Rossina

2014 *La novela de aprendizaje en País de Jauja de Edgardo Rivera Martínez*. Tesis de licenciatura en Lingüística y Literatura con mención en Literatura Hispánica. Lima: Pontificia Universidad Católica del Perú, Facultad de Letras y Ciencias Humanas.

LEDGARD, Melvin

2000 “Orientalismo contemporáneo para curtidos novelistas peruanos: Oswaldo Reynoso y Miguel Gutiérrez en la China”, en *Evohé*, revista del taller de poesía de la Universidad de Lima. Nro. 4. pp. 145-163.

MACHEREY, Pierre

1974 *Para una teoría de la producción literaria*. Venezuela: Ediciones de la Biblioteca. Universidad Central de Venezuela.

MANRIQUE, Nelson

1994 “La aventura de Narración”. En *Quehacer* Nro. 91. DESCO. Lima. pp. 92-96.

MARTOS, Marco

1994 “Miguel Gutiérrez en Babel”, en *Gestión*. Lima, 6 de enero. p. 20.

MONTEAGUDO, Cecilia y Víctor VICH (editores)

2003 *Del Viento, el Poder y la Memoria. Materiales para una lectura crítica de Miguel Gutiérrez*. Lima: Fondo Editorial PUCP.

PORTUGAL, José Alberto

2003 “Miguel Gutiérrez y Mario Vargas Llosa: el amargo sueño de la utopía” en Monteagudo, Cecilia y Víctor Vich 2003: 53-69.

RAMOS Rea, Jorge

2015a *El proyecto narrativo de Oswaldo Reynoso (1961-1965)*. Lima: Editorial Cátedra Vallejo.

2015b *La crítica periodística sobre la narrativa de Oswaldo Reynoso (1961-1970 / 1993-2008)*. Lima: Editorial Universitaria de la Universidad Ricardo Palma.

REYES Tarazona, Roberto

2006 “Prólogo”. En Reynoso 2006: 9-19.

REYNOSO, Oswaldo

1995 *Los eunucos inmortales*. Lima: PEISA.

2005 *Narraciones 1*. Lima: Editorial Universitaria. Universidad Ricardo Palma.

2006 *Narraciones 2*. Lima: Editorial Universitaria. Universidad Ricardo Palma.

RONDINEL, Sara

2006 “El proyecto literario de Narración”. En Tenorio 2006: 35-52.

SALMERÓN, Miguel

2002 *La novela de formación y peripecia*. Madrid: A. Machado Libros.

TELLO, Ana Lucía

2009 *La reconfiguración del Bildungsroman tradicional en Ximena de dos caminos de Laura Riesco*. Tesis de licenciatura en Lingüística y Literatura con mención en Literatura Hispánica. Lima: Pontificia Universidad Católica del Perú, Facultad de Letras y Ciencias Humanas.

TENORIO, Néstor (antólogo)

2006 *El Grupo Narración en la Literatura Peruana*. Lima: Arteidea Editores.